



bakeari buruzko dokumentazio eta ikerkuntzarako zentroa  
centro de documentación y estudios para la paz

F. Javier Merino

# El espejismo revolucionario: la izquierda radical ante ETA

*F. Javier Merino Pacheco es licenciado en Geografía e Historia y profesor del IES Javier Orbe Cano de Los Corrales de Buelna (Cantabria). Es autor de varias publicaciones relacionadas con la historia de Cantabria, como **La conflictividad en Cantabria en la primavera de 1936** (Santander, Tantín, 1982), y ha participado en la **Gran Enciclopedia de Cantabria** (Santander, Editorial Cantabria, 1985) y en la **Historia General de Cantabria, siglos XIX y XX** (Santander, Tantín, 1986). Igualmente ha colaborado en la elaboración de materiales didácticos, entre ellos, **La sociedad rural tradicional. Cantabria** (Santander, Universidad de Cantabria, 1994), así como en revistas y prensa diaria sobre temática vinculada al pacifismo y al mundo de la izquierda política. Es colaborador del área de Paz y Derechos Humanos de Bakeaz.*

*La amplia bibliografía que ha generado ETA y su actividad en sus cincuenta años de existencia no ha prestado apenas atención a las tomas de posición de la izquierda política y social ante el fenómeno terrorista. Es necesario colmar el vacío existente sobre la cuestión, tanto para conocer mejor las complicidades que hicieron posible la pervivencia de la violencia, como para ajustar cuentas con un pasado muy poco edificante para organizaciones que en otros ámbitos mostraron una entereza política y moral considerable. La izquierda revolucionaria subordinó su política, sobre todo en los años ochenta, a la ilusión de un espejismo revolucionario que creyó advertir en el movimiento nacionalista radical vasco; la izquierda transformadora (Partido Comunista de España e Izquierda Unida) simplemente se negó, tras una actitud inicial combativa contra el terrorismo, a apoyar a quienes ocupaban el Gobierno por estimar que éstos eran los enemigos principales, por encima de quienes practicaban la violencia contra víctimas inocentes para imponer sus objetivos políticos. La resultante es una larga historia de errores e inmoralidad que es preciso analizar con el fin de encarar el futuro con mejores herramientas de análisis para la intervención política y social, y para comprender por qué la izquierda dispuesta a solidarizarse con los oprimidos del mundo mantuvo sin embargo tal ceguera ante los que tenía más cerca.*

## ÍNDICE

1. Introducción	1
2. ETA: una historia vasca	2
3. La izquierda y el nacionalismo en España	3
4. La posición ante ETA de la izquierda revolucionaria	4
5. El PCE/IU ante ETA	9
6. Conclusiones	11
Notas	12
Bibliografía	12

## 1 Introducción

Las páginas que siguen<sup>1</sup> pretenden aportar algunas consideraciones sobre las posiciones mantenidas en torno a ETA por

la izquierda radical en España,<sup>2</sup> incluyendo bajo tal denominación a los grupos políticos situados a la izquierda del Partido Socialista Obrero Español (PSOE). Se ejemplifica esta corriente política en la línea seguida, por un lado, por el Partido Comunista de España (PCE) e Izquierda Unida (IU), y, por otro, por partidos de la llamada izquierda revolucionaria o extrema izquierda, como la Liga Comunista Revolucionaria (LCR) o el Movimiento Comunista (MC). La dificultad de encontrar una denominación adecuada para organizaciones con trayectorias y posiciones políticas bien distintas y en ocasiones dispares no queda soslayada con entera satisfacción mediante la apelación al término *radical* (es difícil aceptar tal denominación para determinadas épocas del PCE, por ejemplo), pero es la que más aceptación puede aunar para designar a los grupos políticos ubicados a la izquierda del PSOE.<sup>3</sup>

La actitud de estas organizaciones ante ETA constituye un campo de estudio significativo desde varios puntos de vista:

- Cincuenta años y más de 800 muertos después, todavía hay sectores de la izquierda radical que incluyen a ETA y al mundo del MLNV (Movimiento de Liberación Nacional Vasco) en las filas de la izquierda, lo que equivale implícitamente a otorgarles una voluntad emancipatoria y liberadora.
- A lo largo de esa dilatada trayectoria, la mayor parte de esta izquierda, aun con matices y evoluciones temporales que se procurará precisar, no ha condenado con nitidez a ETA, y buena parte de sus integrantes la han apoyado con mayor o menor entusiasmo e incondicionalidad.
- Se trata de un campo de estudio apenas abordado a través de una investigación rigurosa, y que requiere contribuciones serias, de las cuales sin duda este escrito no ha de constituir más que una modesta introducción.

El punto de partida del análisis es la perplejidad ante dichas posiciones frente a una práctica terrorista prolongada mucho más allá del régimen de dictadura en que aparece, en el marco de un Estado democrático homologable al conjunto de la Europa occidental (e integrado en él) y en una comunidad autónoma con un nivel de bienestar social equiparable al de los países más ricos del planeta. En este contexto, la izquierda radical, transformadora y/o revolucionaria no ha sido capaz de enfrentarse y mostrar un rechazo más que débil —en el mejor de los casos— a unas prácticas terroristas que han acabado con la vida de numerosos conciudadanos

*La izquierda radical, transformadora y revolucionaria no ha sido capaz de enfrentarse y mostrar un rechazo más que débil a unas prácticas terroristas que han acabado con la vida de numerosos conciudadanos*

«culpables» de pertenecer a las fuerzas de seguridad o de pensar de forma diferente, o que simplemente han sido víctimas «colaterales» de atentados indiscriminados; si tenemos en cuenta que el objetivo último de la organización responsable de tales desmanes es la independencia de un territorio por encima de la voluntad de los ciudadanos que lo habitan, la reflexión sobre la posición de la izquierda radical ante ella no puede ser baladí. La búsqueda de explicaciones a esta anomalía ha de invocar antecedentes que se anclan en la evolución histórica de España y de Euskadi, en la trayectoria de la izquierda en el siglo pasado, en la configuración en Euskadi de una corriente nacionalista radical con considerable apoyo social y en una realidad compleja fraguada en la transición y prolongada en el periodo democrático.

Una primera respuesta basada en el origen común de algunas organizaciones revolucionarias con la propia ETA no deja de constituir una aproximación simplista y de escaso poder explicativo, en la medida en que las escisiones que jalonan la historia de ETA en los años sesenta precisamente muestran las dificultades de combinar el nacionalismo radical con los postulados de la extrema izquierda, partidaria de la acción de masas por encima del terrorismo individual, y por supuesto de privilegiar el objetivo de una sociedad igualitaria por encima de la lucha nacional.

Al abordar este estudio, se parte de la premisa de que la persistencia en el tiempo de ETA, cuando la gran mayoría de las organizaciones terroristas con las que convivió a lo largo de su historia han desaparecido,<sup>4</sup> se ha visto favorecida, además de por la presencia de un sector minoritario, pero significativo, de la población vasca que la ha apoyado, por la actitud de corrientes como el nacionalismo moderado y la izquierda radical, que, sin respaldar explícitamente el terrorismo de ETA, han contribuido con su discurso y su práctica a dotar de legitimidad los planteamientos en que amparaba ETA su justificación de la violencia.

## 2

## ETA: una historia vasca

La historia de los primeros años de ETA está suficientemente analizada en obras que han adquirido ya casi la categoría de clásicas (Jáuregui, 1981; Garmendia, 1995). En ellas se pone de manifiesto cómo las corrientes nacionalistas se van imponiendo en el seno de la organización, hasta el punto de provocar las escisiones que dan lugar a dos de las organizaciones de la izquierda revolucionaria que más protagonismo tendrán en el presente trabajo (ETA-Berri, luego Movimiento Comunista, y ETA-VI, posteriormente fusionada con Liga Komunista Iraultzailea —LKI, sección vasca de la Liga Comunista Revolucionaria—). La dicotomía planteada entre la adhesión al nacionalismo revolucionario, teorizado por Krutwig y vinculado a los movimientos de liberación nacional del mundo colonial, y la incorporación de planteamientos propios de la izquierda anticapitalista emergente en la Europa de los años sesenta, se salda con la victoria de los primeros, que imprimen a ETA y lo que luego será el llamado MLNV (Movimiento de Liberación Nacional Vasco) un componente primordialmente nacionalista, si bien la identificación con el socialismo como objetivo final nunca desaparece de los postulados de la en consecuencia autodenominada izquierda abertzale.<sup>5</sup> El nacionalismo radical será desde entonces, una vez superada la fase de consolidación y expansión inicial, la seña de identidad fundamental del conglomerado vinculado a ETA, pero la identificación con la izquierda constituirá una premisa apenas cuestionada desde dentro y desde fuera. La propia lógica de la acción armada llevará a la primacía del frente militar sobre las organizaciones políticas del entramado. Como bien percibieron los dirigentes de ETA militar en el momento de la escisión de ETA político-militar, la subordinación de lo militar a lo político no habría de traer otra consecuencia que la progresiva debilidad del aparato militar hasta su desaparición; ésta fue ciertamente la trayectoria recorrida por la rama político-militar, que acabó abandonando las armas a favor de la actividad política de Euskadiko Ezkerra.

*La subordinación de lo militar a lo político no habría de traer otra consecuencia que la progresiva debilidad del aparato militar hasta su desaparición*

En la historia de ETA desempeña un papel crucial el periodo 1978-1980 (Sánchez Cuenca, 2001). Es en esos años cuando ETA mantiene una actividad armada más frecuente y mortal; es también cuando consolida una presencia popular en términos de movilización y respaldo electoral más que relevante. Es asimismo en dicho periodo cuando consigue remontar una situación heredada de la primera fase de la transición, en la que su implantación distaba mucho de penetrar de manera significativa en el tejido social vasco. Esto queda demostrado en los resultados de las primeras elecciones legislativas, celebradas el 15 de junio de 1977, cuando su llamamiento a la abstención apenas obtiene eco.<sup>6</sup> La capacidad de disputar ventajosamente la herencia del prestigio alcanzado por la ETA resistente al franquismo y el éxito en capitalizar el rechazo en el País Vasco a la Constitución contribuirán a la consolidación de un potente movimiento del que ETA constituirá el eje articulador y que condicionará la política vasca de forma decisiva hasta la actualidad. En los años ochenta la actividad de los GAL (Grupos Antiterroristas de Liberación) contribuirá a legitimar en ese amplio sector

social el discurso del MLNV, que insiste en la continuidad del nuevo régimen con respecto al franquismo y en la necesidad de propiciar una ruptura que suponga la verdadera implantación de la democracia en Euskadi, entendiéndolo por tal la capacidad del pueblo vasco para decidir su futuro sin imposiciones.

Si a lo largo de los años ochenta ETA consigue mantener unos niveles de apoyo significativos, en los noventa dicho respaldo comienza a erosionarse gradual aunque muy lentamente. La mayor eficacia policial en la lucha contra el terrorismo, junto con el fracaso de las negociaciones de Argel, que la opinión pública interpreta mayoritariamente como la expresión de la falta de voluntad por parte de ETA de abandonar las armas, provocan una pérdida de la eficacia de ETA, lo que empuja a la organización a nuevas formas de acción que eleven la confrontación con el Estado. En este contexto se enmarca la creciente utilización del coche bomba, que ocasiona víctimas indiscriminadas, así como el inicio, ya a mediados de los noventa, de los atentados contra dirigentes políticos del PP y el PSOE, una ejemplificación de la política de «socialización del sufrimiento», que persigue el desistimiento del Estado en busca de la ansiada negociación. Tales métodos son cuestionados por la «periferia» del MLNV; si bien en el seno de éste el cierre de filas es habitual, con muy contadas excepciones, entre los colectivos que no forman parte del mismo, pero han tendido a apoyar desde fuera sus planteamientos, surgen las primeras vacilaciones sobre la eficacia y la moralidad de la lucha armada.

### *El inicio de los atentados contra dirigentes políticos del PP y el PSOE constituye una ejemplificación de la política de «socialización del sufrimiento», que persigue el desistimiento del Estado en busca de la ansiada negociación*

El secuestro y posterior asesinato del concejal del Partido Popular en Ermua Miguel Ángel Blanco, en julio de 1997, constituye un hito de primera magnitud en la percepción de ETA por parte de amplios sectores de la ciudadanía. La masiva movilización a favor de la libertad del secuestrado, primero, y en protesta por su ejecución, después, muestra el hartazgo respecto a ETA y sus apoyos de la mayoría de la ciudadanía vasca (y por supuesto del conjunto de la española). La combinación de rechazo ciudadano y golpes policiales había conducido a ETA a una situación de creciente debilidad que va a ser contrarrestada con el pacto de Estella, en septiembre de 1998, firmado por los partidos nacionalistas y un conjunto de organizaciones sociales y sindicales, y al que sigue una tregua de ETA anunciada pocos días después. La política de reagrupamiento nacionalista sustituye a la de negociación con el Estado, y permite una recuperación del nivel de apoyo del nacionalismo radical; el respaldo electoral obtenido por la coalición Euskal Herritarrok en las elecciones de 1998 así lo confirma,<sup>7</sup> si bien la ruptura de la tregua, en diciembre de 1999, supone un paso atrás en este sentido.

Tras una fuerte ofensiva en el año 2000, la trayectoria descendente de ETA se hace patente en los años siguientes; de nuevo una tregua, en esta ocasión negociada con el Gobierno español tras la llegada de Rodríguez Zapatero a la presidencia del mismo, genera expectativas del final definitivo de la violencia. La bomba en la terminal 4 del aeropuerto de Barajas, en diciembre del 2006, y la ruptura formal de la tregua, en junio del 2007, frustran una vez más las esperanzas y reanudan la dinámica de atentados cada vez menos frecuentes y salpicados por constantes detenciones de los miembros de ETA, en lo que parece una dinámica de declive de ETA gradual y probablemente irreversible, pero también lento y de pronóstico incierto respecto al cómo y el cuándo de su final definitivo.

## 3 La izquierda y el nacionalismo en España

De la misma manera que en Francia la Revolución francesa y el jacobinismo conforman un Estado centralista, identificando así esta forma de organización territorial con las propuestas de los sectores más revolucionarios, en España la configuración del Estado a partir de los postulados del Partido Moderado en la época isabelina y de los conservadores de Cánovas en la Restauración alfonsina ha hecho coincidir el diseño centralista del Estado con los sectores más conservadores de la sociedad. Al mismo tiempo, los progresistas primero y los republicanos federales después, estos últimos con una teorización más detallada, propugnan un reparto territorial del poder que no tiene connotaciones identitarias (Fradera, 2002), sino que responde más bien a la voluntad de descentralizar el Estado en la línea de hacerlo más participativo e integrar en él a otros sectores sociales, hasta entonces excluidos por el carácter oligárquico del liberalismo implantado en España. En esta tradición se inscribe el juntismo, que reaparece en los momentos revolucionarios del siglo XIX, si bien no pasa de ser un fenómeno episódico y de corta duración, pero a la vez sintomático de esa voluntad de organizar el poder «de abajo arriba».

El experimento federal de la I República, con su deriva en el cantonalismo, sella de alguna manera el final de estas propuestas descentralizadoras portadoras de un proyecto global para el conjunto de España; desde finales del siglo XIX, la impugnación del Estado centralista vendrá dada por los nacionalismos periféricos, que surgen en Cataluña y Euskadi en un principio con rasgos profundamente conservadores. En el siglo XX es la radicalización del nacionalismo español y el tenaz centralismo de determinados sectores tradicionalistas, particularmente del ejército, lo que influirá en que la izquierda, primero muy reticente, vaya asumiendo los planteamientos de los nacionalistas periféricos e identificándose progresivamente con éstos. Este acercamiento entre izquierda y nacionalismos, sobre todo en Cataluña, se hará visible ya en la dictadura de Primo de Rivera, y dará un paso muy importante en la II República, cuando la oposición de la derecha (es suficientemente conocida la frase pronunciada por José Calvo Sotelo en San Sebastián: «Es preferible una España roja a una España rota») propiciará una alianza táctica que incluye por primera vez al PNV y que se traduce en la aprobación de los primeros Estatutos de Autonomía para Cataluña y Euskadi.

### *Los progresistas primero y los republicanos federales después propugnan un reparto territorial del poder que no tiene connotaciones identitarias*

También del periodo republicano proceden las primeras propuestas de la izquierda radical a favor de la autodeterminación para las nacionalidades, e incluso de la independencia: el PCE se decantó por la defensa del derecho de autodeterminación, en la estela de las tesis leninistas (Granja, Beramendi y Anguera, 2003: 117). Andreu Nin defiende igualmente el derecho a la autodeterminación, mientras que Maurín y el Bloque Obrero y Campesino (BOC) apuestan ya de manera clara a favor de la independencia de Cataluña, como una forma de debilitar el Estado español.<sup>8</sup> La guerra civil y el franquismo no harán sino reforzar esta aproximación, que une a nacionalistas y grupos de izquierda en la misma lucha por el restablecimiento de la democracia y por el reconocimiento de las peculiaridades de los pueblos de España. De la represión de la dictadura se deriva, por un lado, la radicalización y a la vez el incremento de la penetra-

ción social de los nacionalistas, así como la incorporación al bagaje de la izquierda de algunos de sus postulados, que implican la asimilación casi de forma natural de la defensa de los planteamientos defendidos por las fuerzas nacionalistas, lo que ha perdurado prácticamente hasta la actualidad. Es esta convergencia, junto con la identificación del centralismo y del propio concepto de España con el régimen franquista, lo que llevó durante la dictadura a la defensa del derecho de autodeterminación por parte de las organizaciones de la izquierda (hasta el PSOE llegó a plantear su reivindicación) y en la transición al apoyo de las aspiraciones descentralizadoras no sólo en las comunidades «históricas» (Cataluña, Galicia y Euskadi), sino también en el conjunto de las regiones españolas.

No hubo, sin embargo, apenas propuestas serias y elaboradas sobre la articulación territorial del Estado español; mientras que en el PCE, en los años en que mantuvo una política moderada que buscaba hacerse un sitio de privilegio en el futuro sistema democrático español, predominó la defensa de una amplia descentralización en la línea de la conformación del Estado autonómico, la extrema izquierda extendía esta idea hacia la defensa incondicional de la autodeterminación, que suponía un requisito imprescindible para otorgar credibilidad democrática al sistema político que sustituyó al franquismo. Esta alianza nacionalistas-izquierda ha condicionado la política española prácticamente hasta la actualidad (Balfour y Quiroga, 2007). Probablemente las servidumbres de la táctica han postergado una reflexión que debería formar parte de las preocupaciones de las organizaciones con vocación emancipadora: se han asumido como propios planteamientos propiamente nacionalistas, que en un contexto como el del franquismo podían tener su sentido por la situación de dictadura y de opresión objetiva; en un contexto democrático, es más difícil de admitir la defensa de propuestas que denotan una voluntad de desigualdad que encaja mal con las ideas de la izquierda (por ejemplo, la relación con los derechos históricos o el Concierto Económico en el País Vasco, o la polémica suscitada desde sectores nacionalistas de Cataluña sobre las balanzas fiscales).

*En un contexto democrático, es más difícil de admitir la defensa de propuestas que denotan una voluntad de desigualdad que encaja mal con las ideas de la izquierda*

Si esto resulta aplicable a la izquierda más moderada, como es el caso del PSOE, en la izquierda radical la descentralización se ha planteado en el marco del objetivo de debilitar el Estado, entendido como enemigo de la transformación social perseguida. Subyace en este sector la concepción del Estado español como una estructura «artificial» impuesta por la fuerza a los pueblos de España, y, en consecuencia, todas las reivindicaciones dirigidas a liberarse de esa imposición son acogidas de forma positiva. Éste es un primer rasgo que explica las posiciones de la izquierda radical respecto al nacionalismo en general y a ETA en particular.

La relación entre ambos posicionamientos queda de manifiesto también en la evolución experimentada por el PCE al respecto. Si en los últimos años del franquismo el PCE incluye en sus reivindicaciones la defensa de la autodeterminación para las nacionalidades, en la primera etapa de la transición abandona estos planteamientos para apostar por la Constitución y los Estatutos de Autonomía derivados de ella. El objetivo es, por tanto, un proceso descentralizador que debe dar respuesta a la voluntad de reconocimiento de la identidad nacional de algunos de los pueblos que conforman España, pero sin poner en entredicho la unidad del Estado. Esta posición deriva en críticas incluso al nacionalismo moderado (sobre todo al PNV, al que se acusa de no defen-

der el Estado de las autonomías y de no enfrentarse con dureza a quienes lo impugnan incluso con las armas —en referencia a ETA—). La aceptación por el PCE de la bandera rojigualda, renunciando a la tricolor republicana, es una muestra del intento del partido por aparecer como una fuerza moderada que no estaba dispuesta a cuestionar ni la unidad de España ni el orden social. Las posiciones del PCE irán cambiando con el transcurso de los años, como se comprobará posteriormente con más detalle. A partir de mediados de los ochenta volverá a aparecer la autodeterminación en el discurso del partido, rebajada con proclamas en defensa del Estatuto de Guernica. Desde entonces, las propuestas de Izquierda Unida y de su federación vasca, Ezker Batua (EB), estarán siempre más en consonancia con las de los partidos nacionalistas que con las formuladas por los partidos de ámbito español. La defensa de un «federalismo de libre adhesión» no deja de representar una fórmula ambigua para aunar la no aceptación de la independencia con propuestas que conectan con la indefinición y la reivindicación permanente del nacionalismo moderado, con el que EB ha compartido gobierno durante ocho años, entre el 2001 y el 2009. Efectivamente, se puede decir que la propuesta territorial no ha acabado de ser formulada de una forma cerrada y coherente; sigue adoleciendo, cuando se ha pretendido sistematizar, de importantes carencias, como se pone de manifiesto por ejemplo en la articulación interna de la organización, con un estatus de la propia Ezker Batua diferente al del resto de las organizaciones federadas, sin que haya una justificación seria para semejante trato diferencial.

En definitiva, la impugnación del modelo de organización territorial favorece el acercamiento a quienes pretenden también su desbordamiento. Se entiende así la confluencia con fuerzas políticas nacionalistas, que en el caso de España se incluyen en el campo de la izquierda, tanto en Euskadi como en otros territorios (Esquerra Republicana de Catalunya o Bloque Nacionalista Galego). Esta convergencia entre nacionalismo e izquierda se hace más patente aún en el caso de la izquierda radical. Reduciendo este espectro al Movimiento Comunista y la Liga Comunista Revolucionaria (y sus referentes en Euskadi, Euskadiko Mugimendu Komunista —EMK— y LKI), su apoyo a todas las posiciones descentralizadoras ha sido siempre tajante, plasmado en la referida defensa del derecho de autodeterminación entendido como principio democrático fundamental. En el caso vasco, esta defensa, junto con la posición contraria desde el principio al régimen que surge de la transición y la intención de debilitarlo todo lo posible, explican una posición en principio susceptible de apoyar los movimientos que coinciden con estos planteamientos.

## 4

### La posición ante ETA de la izquierda revolucionaria

La posición ante ETA está condicionada por las consideraciones expuestas previamente, y se convierte aún en más próxima a la organización terrorista cuando a principios de los años ochenta Herri Batasuna emerge como una fuerza con una capacidad movilizadora y un impacto electoral considerables. Hay que señalar, sin embargo, que en los años previos la izquierda revolucionaria mantiene unas posiciones diferentes; si bien nunca acepta participar en movilizaciones contra ETA, es cierto que su discurso incluye críticas serias a esta organización, por entender que su acción no contribuye al fortalecimiento de los movimientos sociales, y, en la más genuina tradición marxista, que el terrorismo individual es contraproducente para los intereses populares.

En la coyuntura política de los primeros años de la transición (hasta 1980, aproximadamente), la hegemonía política

del nacionalismo radical no se ha decantado todavía de forma clara. El magma de grupos políticos surgidos al calor del final de la dictadura aún no se ha aclarado lo suficiente (Fernández Soldevilla, 2007), de forma que el nacionalismo radical y la izquierda revolucionaria participan conjuntamente en gran parte de las numerosas movilizaciones populares. De hecho, el panorama político que emerge de las primeras elecciones de junio de 1977 no deja en demasiado buen lugar al nacionalismo radical (véase la nota 6), ya que el seguimiento de la consigna abstencionista de ETA militar es apenas perceptible. En ese contexto, la izquierda revolucionaria y el nacionalismo radical comparten movilización en la calle, pero también compiten por extender sus postulados y su influencia y por capitalizar políticamente la importante presencia ciudadana en la calle.

*El panorama político que emerge de las primeras elecciones de junio de 1977 no deja en demasiado buen lugar al nacionalismo radical: el seguimiento de la consigna abstencionista de ETA militar es apenas perceptible*

La lucha contra la central nuclear de Lemóniz es emblemática de la situación descrita: la fuerte movilización popular contra la instalación nuclear se ve salpicada por los atentados de ETA. LKI manifiesta una negativa tajante a la intervención de ETA: no sólo considera que Iberduero y el Gobierno central temen más a la lucha de la población en la calle que a las bombas de la organización armada, sino que estima que esas acciones dividen el movimiento y retraen la movilización. De hecho, los Comités por una Costa Vasca no Nuclear acogen los atentados de una forma más positiva, negándose a la condena. LKI critica sin ambages esta forma de actuación, pero en todo momento considera a ETA como parte del mismo bloque («está en el mismo lado de la barricada»), hay una negativa rotunda a movilizarse contra ella («entre revolucionarios las diferencias se expresan mediante el debate, no en la calle») y la represión actúa como un nexo siempre presente y decisivo.

La irrupción de Herri Batasuna en el panorama político vasco, a partir de 1978, va a transformar la situación. El indudable éxito electoral de la coalición, unido a la articulación de un movimiento social con una capacidad movilizadora extraordinaria, dirimen definitivamente la pugna antes referida; la izquierda revolucionaria queda relegada a un papel secundario, y en función de ello debe reformular su posición y su discurso. Las críticas a ETA, que si bien es cierto nunca desaparecen del todo, se van a ver notablemente atenuadas a partir de principios de los años ochenta. La entrada de la Liga Comunista Revolucionaria y el Movimiento Comunista en la órbita del MLNV, desde una perspectiva de apoyo cada vez más incondicional, se acentúa en la coyuntura política de ese momento. La efervescencia de la transición ha dejado paso a una situación en la que la consolidación de la democracia ha provocado una disminución radical de la movilización y la politización de amplios sectores sociales. La principal perjudicada por esta «normalización» de esa situación es la izquierda, que había animado toda la dinámica movilizadora y de protesta desde los últimos años del franquismo. La percepción de tal proceso, unida a la sensación de fracaso, dado que la democracia «formal y burguesa» no era el objetivo de las fuerzas de izquierda, máxime de las revolucionarias, facilita el impacto de un movimiento que no está afectado por este desplome. Se trata del nacionalismo radical vasco, que, con una retórica de izquierdas, consigue mantener una movilización social muy apreciable y un respaldo electoral amplio. La presencia de ETA al frente de este movimiento no supone ningún obstáculo serio para la consideración del mismo como un foco revolucionario, el último en

Occidente, que es preciso prolongar, y al que la izquierda revolucionaria se vincula, aun aceptando su papel subordinado en el mismo, e incorporando los inconvenientes que implica ser deudores de unas prácticas que deciden y hacen otros, y a los que se apoya desde fuera, sin ninguna posibilidad de condicionar sus actuaciones.

A partir de esa toma de posición, se va a articular un discurso que tiene como base la dicotomía aceptación/impugnación del sistema establecido; esta elección supone privilegiar la contestación al Estado central desde la doble perspectiva de la oposición al centralismo y del rechazo al capitalismo con el objetivo de establecer el socialismo. Obviamente, el nacionalismo radical vasco cumple la primera función con toda claridad; no ocurre lo mismo con la segunda, supuestamente prioritaria para la izquierda revolucionaria. Sin embargo, aunque no faltan las alusiones a esta carencia, el hecho de mantener desde ETA y su mundo la retórica del socialismo como objetivo es suficiente para confiar en que de su mano se acerque la deseada revolución. Se privilegian de esta manera los puntos comunes entre la izquierda revolucionaria y el nacionalismo revolucionario; uno destaca sobre los demás: la lucha contra la represión del Estado. La defensa de los presos y refugiados, además de la denuncia de los atentados de la extrema derecha o de bandas parapoliciales,<sup>10</sup> crea una argamasa entre ambas corrientes políticas que se constituirá probablemente en el lazo de unión más duradero. Precisamente esta cuestión pondrá de relieve algunas de las contradicciones de la izquierda radical, que entronca con ciertas tradiciones de más amplio alcance. El desprecio por los derechos humanos y su instrumentalización en función de la naturaleza de las víctimas y de los perpetradores de su violación sobresalen en una concepción que forma parte de la peor escuela de las organizaciones comunistas. Así, mientras las víctimas de ETA son ninguneadas, cuando no abiertamente vituperadas en los órganos de expresión de estas fuerzas políticas, las víctimas de la violencia del Estado o de las referidas bandas de ultraderecha son ensalzadas en textos y ceremonias que acompañan los rituales propios del nacionalismo radical (Casquete, 2009). No sólo esto: las protestas por las detenciones de miembros de ETA y el rechazo de las extradiciones desde otros países llevan a estas organizaciones a apelar a instancias y organizaciones internacionales de defensa de los derechos humanos, dando por sentado que la principal violación de los mismos en el País Vasco de los años ochenta, por ejemplo, venía dada por la extradición de presos etarras desde Francia u otros países europeos hasta España. Este doble rasero impregna todas las posiciones mantenidas por la izquierda revolucionaria a lo largo de estos años; se ha tomado partido por un bando, y, en el más genuino estilo estalinista, todo vale para ganar la batalla contra el enemigo.

*Mientras las víctimas de ETA son ninguneadas, las víctimas de la violencia del Estado o de las bandas de ultraderecha son ensalzadas en los textos y ceremonias que acompañan los rituales propios del nacionalismo radical*

Precisamente la combinación de nación y revolución como objetivos remite a antecedentes en la historia del movimiento obrero que muestran semejanzas con las actitudes analizadas. La dificultad de movilizar al sujeto clásico de la revolución, el movimiento obrero, incita a la búsqueda de alternativas que permitan hallar atajos que conduzcan igualmente a la revolución. Tal ocurre con la aproximación al considerado nacionalismo revolucionario como sustituto de un movimiento obrero debilitado o en retroceso. Hay un precedente claro de sustitución de la clase por la nación como elemento vertebrador de la ansiada revolución: se trata del

nacionalismo revolucionario forjado por Georges Sorel (2005) y otros teóricos como Labriola en los años posteriores a la primera guerra mundial (Sternhell, 1986). En un periodo crítico, en el que las organizaciones obreras deben optar por el internacionalismo proletario que ha alentado la creación de las dos primeras Internacionales, o por la incorporación al esfuerzo de guerra de las respectivas naciones en la primera gran conflagración mundial del siglo XX, los partidos socialistas optan por la «Unión Sagrada»: la guerra requiere el esfuerzo unido de toda la nación, y la clase obrera no puede quedar al margen de unos Estados que han empezado a mejorar las condiciones de vida del proletariado, gracias en parte a la expansión imperialista previa (y a las luchas organizadas de los trabajadores, obviamente). Esta toma de posición será denunciada por Lenin y Rosa Luxemburgo, entre otros autores fieles a la opción revolucionaria del proletariado, la cual implica el rechazo de la guerra entendida como confrontación imperialista, pero será aprovechada por Sorel para elevar la nación a la categoría de sujeto capaz de movilizar a las masas, lo que la revolución socialista no había logrado, partiendo de la premisa de la confrontación de clases. Si el socialismo había sido incapaz de generar esa gran catarsis social que acabara con un mundo burgués corroído por la podredumbre física y moral, la nación sí parecía en condiciones de incitar a la violencia purificadora. La movilización patriótica que precedió a la primera guerra mundial en los principales países europeos convenció a estos teóricos y activistas del movimiento del acierto de su planteamiento. Esta confusa mezcla fue transformada y aplicada por Mussolini en el primer gran movimiento de masas totalitario del siglo XX.

El desenlace de dicha versión del nacionalismo revolucionario no ha servido de vacuna para prevenir otros experimentos en los que la clase oprimida es sustituida o cooptada por la nación oprimida. Se trata en ambos supuestos de sujetos colectivos cuya liberación de la opresión justifica la violencia. Si además sirve para acabar con un orden injusto, el hecho de no apoyar esta movilización es percibido como un respaldo a la burguesía y al sistema dominante. Éstas son algunas consideraciones que, *mutatis mutandis*, también subyacen en el apoyo de la izquierda revolucionaria al nacionalismo radical. Se parte, por otro lado, de planteamientos que reaparecen con fuerza al hilo de los movimientos de liberación nacional de los pueblos sometidos a la colonización occidental. En el mundo de la guerra fría, cuando la URSS deja de ser el referente del conjunto de las fuerzas revolucionarias de Occidente, el nacionalismo revolucionario vuelve a emerger, porque cumple la doble función de unir a amplias masas populares contra la dominación occidental y capitalista, y porque legitima el uso de la violencia como único recurso al alcance de los pueblos oprimidos. En el caso de ETA, el nacionalismo revolucionario respondía históricamente a las tesis de Federico Krutwig, quien en su libro *Vasconia*, el más influyente en los primeros años de ETA, teorizó la colonización de Euskadi por España, equiparando la lucha por la independencia con los movimientos anticoloniales.<sup>11</sup>

La identidad de estos sectores de la izquierda con el nacionalismo revolucionario es explicitada en algunas ocasiones de forma inequívoca (Etorre, 1981):

*Hay momentos en que las banderas del nacionalismo revolucionario y del internacionalismo se confunden: nos ha tocado ser internacionalistas y a la vez miembros de un pueblo oprimido.*

Se asumen en esta caracterización de la nación oprimida las categorías forjadas por el nacionalismo desde Sabino Arana: se exalta el orgullo de pertenecer a un pueblo que no acepta su sometimiento. Calificar a finales de los años setenta y principios de los ochenta a Herri Batasuna (HB) como un movimiento nacionalista revolucionario no deja de ser una definición que pretende ante todo salvar las dificultades teó-

ricas que conlleva la cercanía, primero, y el apoyo, después, a un movimiento nacionalista radical cuyas propuestas estrictamente revolucionarias o simplemente socialistas brillan cada vez más por su ausencia. El problema del traslado de este modelo a Occidente, y en concreto al País Vasco, es que se da por sentada la existencia de una nación oprimida en un contexto que obviamente no encaja en los esquemas elaborados a partir de la dominación de Occidente sobre los países del Tercer Mundo. Una vez desaparecida la dictadura de Franco, no deberían haber sido tan obvias para la izquierda las proclamas en favor de la liberación nacional, en un territorio con un nivel de riqueza más que estimable, y en cualquier caso superior a la media del conjunto de España. No sólo eso, sino que algunos de los tópicos más discutibles, por no decir falsos, de la historiografía y el imaginario acuñados por el nacionalismo son reproducidos de forma acrítica por la izquierda en planteamientos que no pueden dejar de sorprender, como el que convierte a los carlistas en luchadores por la libertad y, en consecuencia, a Espartero en opresor de los vascos. Estas consideraciones llevan, por ejemplo, a la paradoja de juzgar al PNV con más benevolencia de lo que sería habitual en la izquierda radical respecto a organizaciones conservadoras.

*Una vez desaparecida la dictadura de Franco, no deberían haber sido tan obvias para la izquierda las proclamas en favor de la liberación nacional, en un territorio con un nivel de riqueza más que estimable*

La querencia por los sujetos colectivos tiene su corolario en la adopción de propuestas que privilegian aquéllos en detrimento de los derechos individuales y las libertades, habitualmente preteridas en el imaginario de esta izquierda. Así, el derecho de autodeterminación se convierte en reivindicación democrática «elemental», sin que haya, no obstante, una reflexión en profundidad sobre las implicaciones del mismo. La falta de coherencia en algunos extremos de la propuesta se pone asimismo de manifiesto cuando la incorporación de Navarra a Euskadi se convierte igualmente en una demanda poco menos que indiscutible, sin que en esta ocasión se invoque en términos de respeto a la voluntad mayoritaria de los navarros. Que desde posiciones navarristas y más próximas al nacionalismo español se invierta la situación y se postulen pertenencias y separaciones en función de verdades previas e inmutables no exime de responsabilidad a una izquierda que defiende cosas distintas en función de criterios exclusivamente territoriales o de juicios previos poco consecuentes.

La subordinación de los derechos individuales a los colectivos es lo que origina la minusvaloración de las consecuencias que la actividad de ETA genera, mientras que se hace hincapié en las supuestas injusticias que la organización terrorista combate. Si la invisibilidad de las víctimas ha sido una característica general para amplios sectores de la sociedad vasca hasta fechas recientes, para la izquierda revolucionaria no sólo no existían, sino que no faltan ejemplos de explicaciones que, si no justifican, al menos «contextualizan» el atentado. Incluso se dan muestras en su prensa de la dualidad de reacciones en algún atentado de dudosa autoría, diferenciando previamente el tipo de respuesta conveniente en caso de que fuera ETA la responsable o algún grupo diferente. Se hace un llamamiento a la actividad y la autodefensa si se confirma que es obra de bandas fascistas; si es de ETA, corresponde abrir «una reflexión en profundidad» sobre el papel de esta organización. En cualquier caso, el juicio previo se impone sobre las consideraciones suscitadas por los episodios que se suceden: es emblemática, en este sentido, la condena de LKI de un atentado cometido por ETA en Zarauz

(comunicado del Comité Local de Zarautz de LKI, en *Combate*, 13-20 de noviembre de 1980, p. 2):

Ninguna razón puede justificar tu muerte [...] pero la responsabilidad fundamental es de UCD.

Otro ejemplo emblemático de la posición ante los atentados de ETA lo encontramos en la reacción ante el asesinato del superintendente de la Ertzaintza teniente coronel Arcocha, en la medida en que se expresa de forma cruda la falta de criterios morales a la hora de valorar asesinatos, y la aplicación exclusivamente de criterios de utilidad para juzgar los mismos (editorial de *Combate*, 12 de marzo de 1985, p. 3):

[...] los que estamos en la otra barrera nos hemos visto obligados a adoptar posturas defensivas: unos, porque aun estando de acuerdo con este tipo de acciones, no pueden defenderlas públicamente; y otros, porque aun no estando de acuerdo con ellas (porque consideramos que producen efectos contrarios a los deseados), no estamos dispuestos a caer en el mismo saco de basura (es ya larga la experiencia de tergiversaciones y manipulaciones); porque ante todo despreciamos la hipocresía de quienes niegan o deforman la realidad, y olvidan que la raíz de la violencia está en la opresión nacional que sufre Euskadi, y que el responsable único de ello es quien mantiene, cueste lo que cueste, los mecanismos de represión y opresión de nuestro pueblo. La responsabilidad de los autores de esas acciones las valoramos en su utilidad concreta para cada caso, de cara al movimiento de liberación nacional y social de nuestro pueblo. Una cosa es no estar de acuerdo con este tipo de acciones, por razones de oportunidad política, o de diferentes concepciones tácticas, y otra tragar la rueda de molino de unas instituciones supuestamente neutras respecto a los intereses de clase concretos u opciones políticas concretas. Lo decimos bien claro: la actual Ertzaintza, por razones derivadas del estado y por orientación del partido que gobierna en Euskadi, defiende intereses concretos.

Si el asesinato no merece valoración moral, sí hay espacio para ella ante declaraciones de representantes del Gobierno vasco (editorial de *Combate*, 22 de marzo de 1985, p. 3):

[...] queremos mostrar la repugnancia moral que nos provocan las declaraciones «antiterroristas» de unas instituciones que no han encontrado en su raquífica historia un momento para el orgullo nacional, aunque sí muchos, demagógicamente, para hacer el juego al poder que sustenta la opresión.

Se ha aludido con anterioridad al peso de ciertas tradiciones en la izquierda revolucionaria que han desempeñado un papel determinante en la actitud de la misma hacia ETA. La visión dicotómica de la sociedad, dividida en grupos antagónicos de imposible conciliación, impregnaba la tradicional reducción de los conflictos sociales a la lucha de clases. En conflictos de carácter nacional, la misma plantilla se aplicaba a la lucha entre la nación dominante y la nación oprimida. En el caso vasco, no ha habido una aplicación estricta de estos planteamientos, difíciles de conciliar con la realidad circundante, pero sí unas pautas de interpretación de la realidad marcadas por la existencia de una opresión de carácter nacional que implicaba la defensa de todas las posiciones opuestas a ella. Es este esquema de pensamiento el que permite explicar la incorporación de ETA al campo propio; por encima de las prácticas de esta organización, lo que prevalece es la consideración de que ETA forma parte de los oprimidos, de tal manera que para justificar esta elección se soslayan todos los datos que puedan contradecir esta visión, y se amplifican los que la refuerzan. Adquiere así sentido la reiteración en la

denuncia de la represión y el apoyo a presos, refugiados y víctimas de ETA y su entorno, que sirve para mantener un imaginario de opresión y victimización, lo que refuerza la concepción del nacionalismo radical sobre la continuidad entre el régimen franquista y la monarquía democrática. Esto ocurre así incluso cuando la izquierda revolucionaria critica este tipo de posiciones sostenidas desde HB. Es significativo, a este respecto, que con motivo del golpe de Estado del 23 de febrero, la falta de respuesta por parte de HB denota precisamente la concepción de que el triunfo del golpe no hubiera supuesto un cambio sustancial; la Liga Comunista Revolucionaria (LCR), por ejemplo, critica una percepción que se compadece mal con la realidad. De la misma manera, las críticas que se vierten en otras ocasiones reflejan, pese a todo, la discrepancia con ciertas posiciones mantenidas por HB, así como con algunas de sus prácticas; no obstante, esas discrepancias se convierten en secundarias ante la elección previa, en la que se ha decidido apoyar sus acciones. La lucidez en el análisis se constata cuando se contemplan los movimientos ajenos; así, cuando EMK decide vincular su suerte al nacionalismo radical, y opta por separarse formalmente del Movimiento Comunista para manifestar su apuesta por la independencia, la LCR considera tal cambio una muestra de vanguardismo y de seguidismo respecto al nacionalismo radical. La pugna que en algún momento pudo entablarse entre el nacionalismo radical y la izquierda revolucionaria por la hegemonía en los movimientos populares se ha decantado de forma categórica por el primero; una vez que el régimen democrático se ha consolidado, y que la izquierda ha entrado en una fase de visible retroceso, la alternativa pasa por vincularse a un movimiento que no es el propio, pero que al menos se presenta con un perfil revolucionario y de protesta (Intxausti, 1985):

Dejémonos de banderas. No se trata de que en la movida se vea la nuestra sino de ser parte de la movida, aunque sea sin bandera. Ya hay suficientes.

La identidad con el nacionalismo radical alcanza en ocasiones dimensiones sorprendentes. Por ejemplo, en la toma de partido respecto a la política de reinserción: a partir de la articulación por parte del Gobierno del PSOE de esta estrategia en relación con los presos de ETA (consistente en la aplicación de beneficios penitenciarios a quienes mostraran su voluntad de abandonar la lucha armada), la presión por parte de ETA sobre sus miembros susceptibles de acogerse a esos beneficios se intensifica. Sobre la cuestión, la posición de destacados miembros de la LCR está muy próxima a la de la organización terrorista; esto lleva a formulaciones que parecen ignorar el dato de que quienes las vierten no participan en la lucha armada. Así se deduce de los comentarios vertidos en *Combate* (Iriarte, 1984):

Una cosa es que se pueda tomar la decisión de dejar las armas por no creer ya en la estrategia armada como vía correcta para el actual periodo, pero manteniendo el convencimiento de seguir luchando por los mismos objetivos con otros medios, y otra cosa abandonar las armas con su ideario revolucionario, pasándose al campo de la legitimidad burguesa y prestándose al más ruín de los juegos sucios, negando la legitimidad de la lucha de los hasta hace poco compañeros.

La incidencia en el rechazo de la represión y la solidaridad con presos y refugiados del mundo de ETA llevan en bastantes ocasiones a suscitar la cuestión del dolor que el conflicto provoca, pero restringiendo éste al que sufren las personas relacionadas con el mundo abertzale. La inversión de las cosas alcanza a veces dimensiones enormes. Con motivo del asesinato de Gregorio Ordóñez, se lamenta el clima social que se está generando en torno a ETA, y se achaca a la falta de comprensión con quien va de capa caída, aunque se

sugiere que deberían ser éstos (es decir, una ETA debilitada) precisamente los más necesitados de comprensión. En la misma idea se abunda al analizar la aparición de Elkarri, cuya creación se explica, según esta interpretación, por la búsqueda de salidas al *conflicto* desde uno de los colectivos que más sufren sus consecuencias; es decir, el entorno del nacionalismo radical es presentado como víctima, en un retruécano ciertamente curioso. Elkarri, efectivamente, va a ser acogido por estos sectores con una satisfacción no disimulada. Su discurso, que incide en la necesidad del diálogo sin condiciones y sin exclusiones, y que enmarca el final de la violencia en la solución al *conflicto vasco*, encaja perfectamente en la oportunidad para la izquierda revolucionaria de encontrar salidas dignas a una situación incómoda: la perspectiva del debilitamiento paulatino de ETA junto con la evidencia de una violencia que por ineficaz y cruel se va haciendo cada vez más insostenible. Encaja asimismo porque se trata de un discurso que parte de la necesidad de evitar la derrota de ETA, horizonte siempre rechazado, como hemos podido apreciar. De ahí que se critique a los grupos pacifistas que en los años noventa van cobrando fuerza y arraigo en la sociedad vasca (Funes, 1998). Desde la revista *hika*, por ejemplo, se viene a sostener que la lógica de la paz, sin adjetivos, se entiende como un intento de lograr la rendición de ETA, dado que es más fácil lograr el desistimiento de ETA que el del Estado, por la disimetría de las fuerzas enfrentadas.

Que por parte de la izquierda revolucionaria no hay un análisis riguroso del carácter y las implicaciones de la violencia practicada por ETA y su entorno se pone particularmente de manifiesto ante el despliegue, desde mediados de los años noventa, de la *kale borroka* (lucha callejera).<sup>12</sup> Esta nueva expresión de la violencia del mundo nacionalista radical provoca también debates y tomas de posición en las que aparecen de nuevo las perplejidades, las dudas y una búsqueda en ocasiones de explicaciones forzadas. Así, se exploran varias vías susceptibles de explicar el fenómeno: desde una especie de revuelta generacional que, al estilo de mayo del 68, enfrentaría a los jóvenes con la sociedad sin alicientes de sus mayores, hasta incluso un cuestionamiento de la lucha armada como forma de expresión de una elite (ETA), en un intento de incidir con intensidad en el enfrentamiento con el Estado sin necesidad de militar en ETA, aunque participando de sus mismos objetivos políticos. Parece evidente, sin embargo, que la *kale borroka* no es sino la plasmación de una nueva etapa en el MLNV, que pretende extender la violencia a las calles en una dinámica de «socialización del sufrimiento», y en la que, por tanto, los jóvenes rebeldes no hacen sino cumplir las órdenes emanadas de la dirección militar del movimiento.

### *La 'kale borroka' no es sino la plasmación de una nueva etapa en el MLNV, que pretende extender la violencia a las calles en una dinámica de «socialización del sufrimiento»*

La concepción de la ética al uso en estos análisis es, cuando menos, extraña. No es habitual encontrar enfoques basados en ella, como ya se ha recogido con anterioridad, pero cuando aparecen sólo se halla en las filas de la izquierda abertzale: se sostiene que HB mantiene una sólida red social y un capital político que reposa en actitudes morales y hasta culturales profundas. Del Río (1998) llega a analizar la negativa del PP a la negociación con ETA como un temor al debilitamiento del sector de la población al que representa. Es decir, quienes se oponen a la negociación lo hacen por razones partidistas y no por cuestiones de principio. Se denuncia el carácter puramente instrumental del pretendido humanitarismo del PP y el PSOE, en relación con el rechazo que muestran a la tregua de ETA en 1998.

La ausencia de una teorización seria sobre el uso de la violencia, apreciable en las actitudes hacia ETA que se están describiendo, se hace particularmente más grave ante la aparición y actividad del grupo Iraultza, que prolonga su existencia durante la segunda mitad de los años ochenta, aproximadamente, con una práctica violenta que podíamos calificar, al menos en relación con la de ETA, de baja intensidad. De hecho, son más los propios militantes de la organización muertos al explotarles las bombas que manejaban que las víctimas de sus atentados. La creación y mantenimiento de Iraultza responde a un intento surgido en el entorno del movimiento EMK, fundamentalmente, de articular un grupo armado que, siguiendo la estela de ETA, corrigiera alguno de los defectos más flagrantes de ésta. Es decir, constituye un intento de utilizar la lucha armada de forma subordinada a la movilización popular, de manera que estuviera más vinculada a la misma, y no degenerara en una vanguardia armada desligada de las masas. Se trata de un planteamiento que reproduce los hábitos en los primeros años de ETA, y que se saldaron precisamente con las escisiones que posteriormente darían lugar al Movimiento Comunista y la Liga Comunista Revolucionaria. En el impulso que da origen a Iraultza se advierte la voluntad de capitalizar el movimiento popular que se desarrolla en Euskadi a lo largo de los años ochenta, pero las razones que se expresan para la necesidad de la lucha armada son, cuando menos, endebles.

La posición ante ETA de ciertos movimientos sociales, adscritos por lo demás a ámbitos cercanos a la izquierda revolucionaria (cuando no directamente al MLNV), no difiere sustancialmente de las pautas expuestas. Valga como ejemplo esta afirmación de una representante del movimiento feminista, Arantza Urkaregi, en una entrevista aparecida en *Combate* (26 de febrero de 1982, p. 12):

*Habría que analizar cada acción en concreto. Las acciones de ETA no son en este momento lo más importante para el movimiento, las mujeres nos tenemos que plantear todo tipo de métodos. Las acciones armadas hay que analizarlas en este contexto: si fortalecen la organización de las mujeres, las acciones de ETA no representan un problema para el movimiento feminista.*

Los mismos parámetros valen, en una desconcertante paradoja, para una parte no despreciable del movimiento pacifista de la década de los ochenta, particularmente activo y pujante en los años previos al referéndum convocado por el Gobierno del PSOE sobre la permanencia de España en la OTAN, y que tendría una cierta continuidad con el movimiento por la insumisión al servicio militar, con fuerte implantación en el País Vasco. Ninguna de las corrientes que alientan el pacifismo militante (izquierda revolucionaria, movimiento por la no violencia y, por supuesto, nacionalismo radical) hace apenas alusiones a ETA, y no hay la menor actitud de condena hacia la misma en sus textos y en sus movilizaciones. Aún más, el hecho de que el «Sí» a la continuidad de España en la OTAN triunfara en todas las comunidades autónomas, salvo en Euskadi, Navarra, Cataluña y Canarias, vendría a dar un espaldarazo a la política de las organizaciones de la izquierda revolucionaria. Efectivamente, el resultado del referéndum fue interpretado como la confirmación de que los únicos focos de oposición al sistema con arraigo popular y alcance mayoritario se situaban en aquellas comunidades donde la organización territorial del Estado carecía de un consenso amplio, y que, por lo tanto, guardaban una estrecha relación con la fortaleza del nacionalismo radical.

Unos años después, aún subyace la misma percepción en relación con las bondades de la existencia de ETA para los movimientos «antisistema» (Aierbe, 1996):

*Movimientos como el antimilitarista, la solidaridad con el Tercer Mundo, o tantos otros, tienen un terreno común*

más abonado para desarrollarse, lo cual está en relación con la existencia del mundo radical, tal cual es.

En los años noventa, las críticas a las acciones de ETA se hacen más habituales, pero el contexto también va cambiando considerablemente. La lenta pero inexorable curva descendente de ETA ha comenzado, y empieza a extenderse la percepción de que la victoria no va a ser posible. Es también esta perspectiva la que ayuda a una progresiva separación de la izquierda revolucionaria respecto al mundo del MLNV, pero aun así el rechazo tajante tardará en llegar. También intervienen otros factores en la pérdida de entusiasmo en el apoyo: el sistemático desprecio de HB hacia sus «compañeros de viaje» se pone de manifiesto en las quejas de éstos por la falta de cualquier tipo de consideración hacia ellos. No obstante, los lazos anudados en los años anteriores dificultan una ruptura que algunas posiciones parecen vislumbrar, pero que no llega a cuajar por las dinámicas imprimidas con anterioridad. La solidaridad con los presos y refugiados sigue funcionando como un elemento primordial, como si formara parte de una deuda contraída con la izquierda abertzale: la percepción es que son los miembros de ésta los que sufren las consecuencias del *conflicto*, mientras que aquellos que, como la izquierda revolucionaria, han decidido vincular su suerte a ella, pero no arriesgan su vida ni su libertad, tienen un débito que sólo se puede saldar con el apoyo permanente y con el homenaje a los represaliados. La pérdida de apoyos de ETA afecta también a una izquierda revolucionaria cada vez más débil, por otra parte. La esperanza depositada en las treguas de los años 1998 y 2006 se ve frustrada por la vuelta a las armas tras procesos en los que parecía atisbarse el final de una violencia que va perdiendo sentido para la mayoría de la sociedad vasca. La irrupción del terrorismo islamista, con los atentados del 11 de marzo del 2004 en Madrid, contribuye a acrecentar la incompreensión de la población ante una violencia que se estima cada vez más irracional e injusta. Sólo en este contexto hay un replanteamiento de la posición ante ETA, en el que empiezan a surgir críticas duras, y se plantean las primeras reflexiones de cierta profundidad sobre el papel desempeñado en el pasado.

## 5

### EL PCE/IU ante ETA

Si en la izquierda revolucionaria hay una continuidad en la vinculación con el nacionalismo radical, en la trayectoria del Partido Comunista de España (PCE) hay cambios de orientación que responden al papel que desempeña el partido en el sistema político español en su conjunto. Esta posición se corresponde, en un primer momento tras el fin del franquismo, con una crítica dura a ETA, para evolucionar posteriormente hacia una posición más próxima a la sostenida por el nacionalismo democrático o los grupos partidarios del diálogo como Elkarri.

En los primeros años de la transición, el PCE critica con dureza a ETA, la despoja de cualquier componente progresista e incluso la incluye entre los enemigos del pueblo y de la democracia, calificando en ocasiones a la organización de mafiosa, y siempre acusándola de perseguir la destrucción de la democracia al hacer el juego al golpismo. Tales razonamientos encuentran su explicación en la línea política mantenida por el PCE en estos años de la transición democrática. El hecho de que el PCE fuera el principal partido de la oposición al franquismo, y de que llegara al momento de la muerte de Franco como la organización con mayor implantación de la izquierda, permitió a sus dirigentes abrigar esperanzas de que se consolidara en España un sistema político en el que el Partido Comunista fuera la fuerza hegemónica en la izquierda (con un sistema político similar al italiano). Este

planteamiento implicaba apostar de forma decidida por la consolidación democrática, colaborando con los sectores reformistas procedentes del franquismo (representados por Adolfo Suárez), y derrotar a quienes pretendían hacer descarrilar el proceso (terroristas y golpistas, desde ambos extremos del espectro político). También suponía despojar la práctica política del partido de cualquier tinte radical: se entendía que para la consecución del objetivo era esencial, máxime después de muchos años de identificación en la propaganda oficial del comunismo con todos los males posibles, presentar el Partido Comunista como un partido de orden, capaz de garantizar la estabilidad y la convivencia pacífica, y por lo tanto alejado de veleidades revolucionarias. Es este contexto el que permite explicar las posiciones mantenidas por el PCE respecto a ETA una vez pasada la fase de solidaridad contra la represión de la dictadura. La consolidación de la democracia pasa, lógicamente, por la eliminación de los agentes que utilizan la violencia para el logro de sus fines políticos; de la misma manera, en el contexto español del momento, la violencia sólo podría traducirse, dada la correlación de fuerzas sociales y políticas, en una involución que supusiera retrotraer el país a una situación de dictadura. Este esquema es el que permite, en definitiva, situar a ETA entre los enemigos de la democracia y de la izquierda.

*Para la consecución del objetivo era esencial presentar el Partido Comunista como un partido de orden, capaz de garantizar la estabilidad y la convivencia pacífica, y por lo tanto alejado de veleidades revolucionarias*

Como es sabido, la situación evoluciona en una dirección poco favorable para los intereses del PCE. No sólo el apoyo electoral fue muy inferior al esperado, sino que las renuncias a aspectos considerados importantes por un sector de la militancia (como la aceptación de la monarquía y de la bandera rojigualda), además del autoritarismo de la dirección en la toma de decisiones, dieron lugar a serios problemas internos que en el País Vasco se plasmaron en la ruptura de la organización con motivo del proceso de convergencia con el EIA (Euskal Iraultzarako Alderdia, Partido Vasco para la Revolución) decidido por la dirección del Euskadiko Partidu Komunista (EPK), encabezada por Roberto Lertxundi. El episodio tiene su interés porque refleja las dificultades de articular la presencia en Euskadi de un partido de izquierdas de ámbito español. El intento de combinar obrerismo y nacionalismo se salda con la ruptura del EPK entre los partidarios de una fuerza de ámbito vasco que aúne la capitalización del prestigio adquirido por ETA en los últimos años del franquismo con una izquierda moderada y adaptada al sistema democrático y al marco estatutario, y los que mantienen la necesidad de una presencia de fuerzas con implantación en el conjunto de España en el seno de la izquierda; la escisión trata, en definitiva, de convertirse en la fuerza hegemónica en el espacio de intersección entre el nacionalismo y el movimiento obrero. Para el EPK el resultado es su conversión en una fuerza de implantación e importancia muy secundaria en Euskadi.

Euskadiko Ezkerra (EE), por su parte, mantuvo una presencia significativa, pero también acabó por abandonar la escena política, al ser engullido por el PSOE, ya en los años noventa. La oposición a la unidad con EE viene a marcar, por lo que se refiere a quienes permanecieron en el seno del EPK, el rechazo al nacionalismo y la convicción de que había espacio para una izquierda no nacionalista e integrada en una fuerza política de ámbito español.

En coherencia con este planteamiento, el EPK mantiene un rechazo radical a ETA, que lleva a la convocatoria en solitario de movilizaciones contra sus atentados, como ocurre

con motivo del asesinato del periodista José María Portell, en 1978. El EPK es puesto como ejemplo de respuesta a los atentados (*Mundo Obrero*, 22-28 de mayo de 1980):

Si otras fuerzas con mayor número de militantes estuvieran en esa línea de valentía y compromiso en las calles, los crímenes terroristas tendrían ante sí una muralla popular y social que podría ser un freno más eficaz que algunas de las medidas especiales que parecen medir bastante poco la realidad del problema.

La caracterización de ETA no deja ningún lugar a dudas, de manera que no hay ninguna concesión al supuesto izquierdismo del nacionalismo radical. El encaje del País Vasco en el Estado español tendría su espacio adecuado en el Estatuto de Autonomía aprobado en 1979; se trataría de llenar de contenido el Estatuto, completando el proceso de transferencias de competencias desde el Gobierno central, sin cicaterías, y permitiendo alcanzar un grado de autogobierno amplio para ir erosionando la base social del nacionalismo radical, y desmentir su discurso sobre la continuidad del nuevo régimen respecto al franquismo.

El rechazo a la violencia etarra lleva a la negativa tajante a cualquier salida negociada. El PCE sostiene que la libertad no se puede negociar con terroristas, y que cualquier perspectiva de diálogo implica una prima al terrorismo, además de generar falsas esperanzas en la población (*Mundo Obrero*, 25-31 de mayo de 1978):

Cada vez que a lo largo de sus veinte años de historia ha habido gentes de ETA que por convencimiento, por negociación o conveniencia han dejado las armas, inmediatamente ha surgido otra parte de la misma organización que se hace con las siglas y con la tradición de acciones armadas.

En la medida en que el PCE, y luego IU, estiran el concepto de descentralización para desbordar el diseño constitucional y apostar por un Estado federal que a la vez reconoce el derecho de autodeterminación para todos sus componentes, la actitud hacia ETA se matiza, y de encabezar la movilización contra el terrorismo se pasa a la búsqueda de salidas negociadas que pongan fin a la violencia de una manera no traumática... para la organización terrorista. La consideración del PCE hacia ETA experimenta un cambio significativo a partir de 1984, aproximadamente. Desaparecen los llamamientos a la movilización y a la confluencia de las fuerzas democráticas para introducir nuevos elementos en el discurso, sin abandonar nunca el rechazo de la violencia. Se plantea ya la necesidad de constatar la existencia de un sector amplio de población que apoya a ETA, lo cual exige tener en cuenta sus planteamientos; esta nueva concepción del problema conduce a una solución al terrorismo que debe pasar por una salida negociada. Desaparecen los llamamientos a la movilización ciudadana contra el terrorismo, y se empieza a incluir a HB en el terreno de la izquierda. La explicación del giro seguramente tiene que ver con el papel a que ha quedado reducido el PCE —y, en el País Vasco, el EPK— en esos años. Si las elecciones de 1977 y 1979 habían otorgado al PCE un papel muy inferior al esperado en la naciente democracia española, las de 1982 suponen un hundimiento espectacular. De 23 diputados la representación parlamentaria comunista queda reducida a cuatro, lo que unido a la espectacular mayoría absoluta obtenida por el PSOE dibuja un escenario en el que el papel del PCE no va a ser en absoluto protagonista. De la misma manera, en el País Vasco el EPK queda reducido a una fuerza prácticamente testimonial, sin apenas espacio político debido a la presencia del PSOE, de EE y de HB. Es esta circunstancia la que explica el giro que experimentan el PCE y el EPK en su posición ante ETA y el nacionalismo radical. La moderación y el empeño por hacer

aparecer al PCE como un partido «de orden» no sólo no han conseguido el objetivo de poseer la hegemonía en la izquierda, sino que lo han reducido a una presencia poco más que residual, además de haber sumido a la organización en una profunda crisis, saldada con varias escisiones y con una reducción extraordinaria del número de afiliados. De este modo, se opta por reubicar la estrategia del partido, sobre todo en la perspectiva de un periodo de gobierno del PSOE de larga duración, dada la rotundidad de su victoria electoral y la destrucción del principal partido del centro derecha hasta entonces, la UCD (Unión de Centro Democrático). Ese cambio de estrategia pasa por ocupar el espacio que el PSOE va dejando a su izquierda, percibido como bastante amplio en virtud de una práctica gubernamental que se aleja de los postulados defendidos tradicionalmente por la izquierda, incluso la más moderada (política de reconversión industrial, GAL, apuesta por la continuidad en la OTAN, etc.), en el marco de la prioridad otorgada a la consolidación del sistema democrático en detrimento de una política más volcada a la izquierda, al menos en el sentido convencional de ésta.

La prioridad en la política del PCE, y desde 1986 de IU, pasa a ser el desgaste y la crítica de la labor de gobierno del PSOE. En esa dinámica, y ante la consideración de que el País Vasco continúa siendo uno de los puntos más conflictivos, también la política antiterrorista va a constituir un flanco de desgaste. Hay que tener en cuenta, en este análisis, que a partir de 1983 empiezan a actuar los GAL, lo cual viene a avalar en alguna medida las críticas vertidas por el PCE a la política gubernamental. El cambio de orientación se advierte igualmente en las alusiones al derecho de autodeterminación, que vuelve a figurar entre los objetivos del PCE, si bien enmarcado en un horizonte aplazado en el tiempo y que no implica dejar de situar el desarrollo del Estatuto como prioridad más inmediata.

*De encabezar la movilización contra el terrorismo se pasa a la búsqueda de salidas negociadas que pongan fin a la violencia de una manera no traumática... para la organización terrorista*

El PCE e IU participarán con las fuerzas democráticas en los pactos de Ajuria-Enea, Pamplona y Madrid, pero no dejarán de manifestar una cierta incomodidad con los mismos; los intentos de tender puentes a HB implican una muestra más de que la voluntad de IU en esos años pasa por una salida negociada a la violencia. Los años noventa suponen un despegue importante para IU, tanto en toda España como en el País Vasco. El desgaste de los años de Gobierno pasa factura al PSOE, y el voto que va perdiendo a su izquierda es recogido en alguna medida por IU, que ve incrementar su representación parlamentaria, hasta el punto de recuperar una parte del electorado que llegó a tener el PCE. Ezker Batua obtiene resultados que mejoran lo que nunca había obtenido el EPK, y se beneficia de la desaparición de EE a principios de los años noventa. En estos años, EB pretende arañar electorado al PSOE a partir de la ocupación de un espacio intermedio entre nacionalistas y no nacionalistas; la vocación de puente entre ambos bloques se proclama en el discurso de EB, pero la práctica va a inclinar a la organización hacia los nacionalistas, como se puso de manifiesto en el pacto de Estella y en la coalición de gobierno con el PNV y Eusko Alkartasuna, con los que conformará el Ejecutivo vasco entre el 2001 y el 2009. Antes, habrá dejado ver sus inclinaciones con motivo de la situación abierta tras el asesinato del concejal del PP en Ermua Miguel Ángel Blanco; la voluntad de los partidos democráticos de arrebatarse a HB las alcaldías en los municipios donde ello fuera posible fue cuestionada por EB y por el propio coordinador general de

Izquierda Unida, Julio Anguita, quien manifestó su oposición a «aislar a HB». La posterior inclusión en el pacto de Estella mostraba que el pretendido papel de puente entre nacionalistas y no nacionalistas no dejaba de ser un recurso retórico para justificar el alineamiento con los nacionalistas. La insistencia en las críticas al PP, por encima de las dirigidas al mundo del nacionalismo radical, certifica este papel, más allá de las intenciones declaradas.

Durante estos años, EB asumirá una visión del conflicto muy próxima a la sostenida por el nacionalismo: la crítica a ETA se verá siempre acompañada de la reclamación del diálogo como método para la solución del contencioso. Igualmente, se ofrecerá apoyo al denominado plan Ibarretxe, que pretendía una suerte de articulación confederal de Euskadi en el Estado español, superando el Estatuto de Autonomía con una propuesta de muy discutible encaje constitucional. Ezker Batua en estos años asumirá la resolución del conflicto vasco en los mismos parámetros del nacionalismo y de las organizaciones del llamado «tercer espacio». Si bien es verdad que nunca faltó la condena a ETA, no es menos cierto que objetivamente el mensaje de la negociación como medio de poner fin a la violencia coincidía con el del nacionalismo radical; asimismo, todas las medidas impulsadas por el Gobierno central, ya fuera su titular el PP o el PSOE, fueron contestadas por la organización vasca de IU, bien porque alimentaban la confrontación, bien porque podían tener un efecto *boomerang*, como se afirmó con motivo de la ilegalización de Batasuna, sin que el desmentido que el tiempo parece haber dado a esas opiniones haya servido para una rectificación de las mismas.

## 6 Conclusiones

A lo largo del presente texto se han apuntado algunas razones que están en el origen de la actitud mantenida por la izquierda radical ante ETA y que encajan en la categoría del oportunismo político, entendido como la priorización en la toma de posición de las opciones vinculadas más con los intereses inmediatos de la organización que con análisis rigurosos y sujeción a principios políticos y morales arraigados. Sin embargo, el oportunismo, con ser un factor explicativo de primer orden en determinadas coyunturas, no puede ser el único elemento digno de considerar a la hora de analizar la falta de una respuesta nítida por parte de la izquierda comunista a la violencia terrorista de ETA. Como fondo, hay, con las contadas y temporales excepciones que se han podido ver a lo largo del trabajo, una clara incapacidad de caracterizar a ETA a partir de sus prácticas, así como una manifiesta dificultad para aprender las lecciones que la trayectoria de la banda terrorista iba marcando. Continuando algunas de las peores tradiciones de la izquierda, se trata de luchar contra el capitalismo y los partidos y gobiernos que lo encarnan sin consideraciones hacia la posibilidad de que quien lo combate no tiene necesariamente que ser mejor que aquél. A la izquierda revolucionaria, parte de la cual tiene una trayectoria antiestalinista indudable, se le pueden aplicar las palabras que Toni Judt consagra a un sector importante de la izquierda francesa en los años de la guerra fría (2007: 205):

El contexto en el que se dan tales apreciaciones del comunismo y de sus adversarios, la circunstancia en la cual personas sin duda inteligentes pueden ser absolutamente sordas no sólo a la crueldad y la injusticia, sino también a la incoherencia y la contradicción en los argumentos políticos y morales, es el de un negativismo fundamental. Por esta razón, la mayoría de los intelectuales relevantes del periodo no fueron miembros

del PC. La inmensa mayoría de los escritores, artistas, profesores y periodistas no estaban a favor de Stalin: eran contrarios a Truman; no estaban a favor de los campos de concentración: estaban en contra del colonialismo. No estaban a favor de los juicios de escarmiento en Praga: estaban en contra de las torturas en Túnez. No estaban a favor del marxismo (salvo en teoría): estaban en contra del liberalismo (especialmente en teoría). Y, sobre todo, no estaban a favor del comunismo (salvo *specie aeternitatis*): estaban en contra del anticomunismo.

Efectivamente, la izquierda comunista en general no ha estado a favor de ETA: ha estado en contra de quienes la combatían y eran perseguidos por ella; no han sido nacionalistas vascos: se han opuesto al nacionalismo español, incluso cuando éste se ha expresado en formas más cívicas y respetuosas con los derechos humanos que algunas manifestaciones del nacionalismo vasco; no han estado en contra del respeto a los derechos humanos: sólo han elevado la voz contra la supuesta conculcación de derechos colectivos de nunca bien definida plasmación (el derecho de autodefinición, transmutado en los últimos años en «derecho a decidir»).

*La izquierda comunista en general no ha estado a favor de ETA: ha estado en contra de quienes la combatían y eran perseguidos por ella*

Se ha podido apreciar el empeño de la izquierda revolucionaria en negar el carácter fascista del MLNV. No podía ser de otra manera, dada la trayectoria de dicha izquierda. También se entiende la reluctancia hacia tal definición si se tienen en cuenta los orígenes de ETA y la existencia de un componente socialista y revolucionario en el mismo. No obstante, la historia es pródiga en ejemplos de movimientos que se van transformando al hilo de la acción, y sobre todo en la medida en que es ésta la que marca la evolución. Precisamente la depuración que se va produciendo a partir de la primacía de la acción sobre la reflexión, más allá de la retórica (por otra parte, cada vez más vacía en cuanto a los postulados socialistas), es lo que va transformando la naturaleza del grupo hasta adquirir otras connotaciones.<sup>13</sup> La analogía en este punto con el sindicalismo revolucionario que sumariamente se ha apuntado en la primera parte de este escrito no es baladí. Un origen marxista y revolucionario no impide una deriva totalitaria que en aquel caso enlaza de manera inequívoca con el fascismo y en el de ETA se asemeja de forma rotunda. Desde un punto de vista político, pero también académico, es posible verificar las concomitancias entre las prácticas de ETA y las tradiciones fascistas.<sup>14</sup> El relato de Angelo Tasca (2000) de los desmanes de los *squadristi* en la Italia de los primeros años veinte puede aplicarse sin grandes esfuerzos de imaginación a la *kale borroka* que sacudió las ciudades vascas en los años noventa. Lejos de responder a una revuelta espontánea de una juventud insatisfecha y rebelde, como algunos de los analistas consultados en *hika* parecen querer ver, el fenómeno no era sino una modalidad más de la lucha armada decidida por el «Estado Mayor», que buscaba nuevas formas de desestabilizar la sociedad en beneficio de sus objetivos. Si la izquierda comunista hubiera analizado con seriedad, sin oportunismo y sin lastres en forma de prejuicios, probablemente habría llegado a conclusiones similares, y se habrían asumido posturas de rechazo radical a ETA. Ello habría restado legitimidad a ETA en el seno de la sociedad vasca y seguramente habría acelerado su final. No se hizo, y la actitud de esta parte de la izquierda hacia el terrorismo de ETA en la mayor parte de los años de su existencia queda como uno de los grandes lunares que requieren una revisión en profundidad para sacar conclusiones tan urgentes como necesarias.

## NOTAS

- Este escrito tiene su origen en la memoria de investigación del Máster de Historia Contemporánea cursado por el autor en la Universidad de Cantabria en el curso 2008-2009. En ella se desarrollan con mayor extensión y profusión de citas documentales las líneas argumentales que se exponen en este cuaderno. El trabajo incluye un análisis de fuentes hemerográficas, fundamentalmente a partir de *Mundo Obrero* (1978-2000), *Combate* (1978-1991) e *hika* (1991-2000).
- Salvo alguna alusión ocasional, el escrito se centra en la izquierda organizada en partidos políticos. La izquierda vinculada a los movimientos sociales (pacifismo, feminismo, ecologismo...) merece sin duda un análisis amplio y riguroso sobre su relación con ETA, que esperamos se realice en un futuro próximo.
- Probablemente la denominación más adecuada para cada una de las corrientes políticas analizadas en el trabajo sería la de *izquierda transformadora* para el PCE/IU e *izquierda revolucionaria* para el MC y la LCR, ya que combinan una adjetivación plausible con la autodefinition propia. El problema es asignar un término que sea válido para las dos corrientes. No lo es del todo el de *radical*, pero no parece sencillo encontrar una alternativa que lo mejore. De la misma manera, la expresión *espejismo revolucionario* se ajusta perfectamente a la percepción experimentada en un momento dado por las organizaciones de la izquierda revolucionaria respecto al mundo del nacionalismo radical vasco; no es igual de válido para otros momentos y no lo es en absoluto para el PCE o IU. En este caso, se ha sacrificado el rigor por la potencia de la imagen que el término representa.
- El FRAP (Frente Revolucionario Antifascista y Patriota) o los GRAPO (Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre) en España, o las Brigadas Rojas, el IRA (Ejército Republicano Irlandés) o la RAF (Fracción del Ejército Rojo) en otros países de la Europa occidental, por no citar más que algunas de las más destacadas.
- En el resto del texto, al entorno de ETA, en sentido amplio, se le ha procurado denominar *nacionalismo radical*, evitando en la medida de lo posible la denominación de *izquierda abertzale*, ya que las tesis que se defienden precisan a cuestionar la adscripción a la izquierda de ese mundo.
- Se registró un 22,77% de abstención en el País Vasco, por un 21,17% en el conjunto de España (<http://www.elecciones.mir.es/MIR/jsp/resultados/comunes/detalleResultado.jsp>, consultado en noviembre del 2009).
- En las elecciones autonómicas de 1998, Euskal Herritarrok obtiene 224.001 votos, frente a los 166.147 logrados en las anteriores, en 1994 ([http://www9.euskadi.net/elecciones/indice\\_c.htm](http://www9.euskadi.net/elecciones/indice_c.htm), consultado en noviembre del 2009).
- Como señala Pelai Pagès en el prólogo del libro *La cuestión nacional en el estado español*, de Andreu Nin (1979), éste defiende «la imperiosa necesidad de que la clase obrera asuma, como única clase revolucionaria, las reivindicaciones nacionalistas y encamine a las nacionalidades oprimidas hacia su liberación, puesto que sólo la clase obrera podía acometer una tarea que había sido traicionada por la gran burguesía y que estaba siendo traicionada también por la pequeña burguesía radical, a medida que los antagonismos sociales se iban agudizando. Para el BOC, la lucha contra el estado centralista pasa por una defensa del separatismo como factor de descomposición del estado español».
- Véase el documento político aprobado en la VII Asamblea de la organización, celebrada los días 31 de mayo y 1 de junio del 2008 (<http://www.ezkerbatua-berdeak.org/>

173-organos-de-ezker-batua/view-category, consultado en noviembre del 2009).

- Para un balance numérico y un análisis de estas actuaciones, véase Txema Urkijo, «Las víctimas del terrorismo practicado por incontrolados, grupos de extrema derecha y el GAL», en Duplá y Villanueva (2009: 33-45).
- Krutwig: «El nacionalismo revolucionario es, en la actual época del capitalismo decadente, en la era del imperialismo, que ya Lenin lo calificó de fase superior del capitalismo, la justa forma de lucha contra la opresión» (citado en Garmendia, 1995: 294).
- La denominada *kale borroka* consistió en la extensión por pueblos y ciudades del País Vasco de actos de violencia cometidos por jóvenes vinculados al nacionalismo radical. Se trataba de quema de cajeros automáticos de los bancos, cabinas telefónicas o contenedores, ataques a comercios o viviendas de políticos vinculados al PSOE y al PP, y en general de actos de vandalismo perpetrados por grupos organizados en las noches de los fines de semana.
- Sobre el papel de la acción y el mito a ella asociado para el caso de ETA, véase Wiewiorka (1991: 290-293).
- José Varela Ortega, «Del Nacional-Socialismo alemán y del vasco», *Claves de Razón Práctica*, 110 (marzo 2001), 8-21. También en Varela Ortega (2001). Igualmente, Julio Aróstegui considera que el terrorismo de ETA es susceptible de una interpretación dentro del marco analítico de los procesos de fascistización, en «Una reflexión sobre la violencia política y el terrorismo», en González Calleja (2002: 27-33). De la Granja opina de forma similar, en José Luis de la Granja Sainz, «La idea de España en el nacionalismo vasco», en Morales Moya (2001: 37-62): «Estos planteamientos de limpieza ideológica, su culto a la violencia y a la muerte (que recuerda a los fascistas del periodo de entreguerras) y su absoluta dependencia de ETA (evidente tras la ruptura de la reciente tregua) hacen de HB una fuerza antidemocrática y totalitaria». Ramón Zallo, por el contrario, niega las tesis anteriores: «No hay fascismo en Euskadi, sí una limpieza ideológica selectiva» (2001: 193).

## BIBLIOGRAFÍA

- AIERBE, Pedro (1996): «¿Ha cambiado tanto ETA?», *hika*, 65, 13.
- ARENILLAS, José Luis, y José María ARENILLAS (1981): *Sobre la cuestión nacional en Euskadi*, Barcelona, Fontamara.
- BALFOUR, Sebastián, y Alejandro QUIROGA (2007): *España reinventada. Nación e identidad desde la transición*, Barcelona, Península.
- BLANCO VALDÉS, Roberto L. (2005): *Nacionalidades históricas y regiones sin historia. A propósito de la obsesión puritana*, Madrid, Alianza Editorial.
- BOTTI, Alfonso (2003): *La questione vasca. Dalle origini allo scioglimento di Batasuna*, Milán, Mondadori.
- BRUNI, Luigi (1998): *ETA, historia política de una lucha armada 1*, Estella, Txalaparta.
- BUENO, Manuel, Carmen GARCÍA y José HINOJOSA (coords.) (2007): *Historia del PCE. I Congreso, 1920-1977*, 2 vols., Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas.
- CARRÈRE D'ENCAUSE, Hélène (1977): *Comunistas y/o nacionalistas*, Barcelona, Anagrama.
- CASANOVA, Iker (2007): *ETA. 1958-2008. Medio siglo de historia*, Tafalla, Txalaparta.
- CASQUETE, Jesús (2009): *En el nombre de Euskal Herria. La religión política del nacionalismo vasco radical*, Madrid, Tecnos.

- CONVERSI, Daniele (2004): *Els bascos, els catalans i Espanya. Entre la modernitat i la violència*, Lérida, Pagès.
- CUCÓ GINER, Josepa (2008): «Recuperando una memoria en la penumbra. El movimiento comunista y la transformación de la extrema izquierda», *Historia y Política*, 20, 73-96.
- DOMÍNGUEZ, Florencio (1998): *ETA: estrategia organizativa y actuaciones 1978-1992*, Madrid, Taurus.
- DUPLÁ, Antonio, y Javier VILLANUEVA (2009): *Con las víctimas del terrorismo*, San Sebastián, Gakoa.
- ELORZA, Antonio (coord.) (2000): *La historia de ETA*, Madrid, Temas de Hoy.
- ETORRE (1981): «Aunque el gobierno no lo quiera», *Combate*, 19-26/03/81, 2.
- FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka (2007): «El nacionalismo vasco radical ante la transición española», *Historia Contemporánea*, 35, 817-844.
- FLOR, Julio (2009): *El sueño sigue vivo. Ezker Batua-Berdeak*, Bilbao, Ezker Batua-Berdeak.
- FORCADELL, Carlos, Pilar SALOMÓN e Ismael SAZ (eds.) (2009): *Discursos de España en el siglo XX*, Valencia, Universitat de Valencia.
- FRADERA, Josep M. (2002): «El proyecto liberal catalán y los imperativos del doble patriotismo», en Anna María GARCÍA ROVIRA (ed.): *España, ¿nación de naciones?*, Madrid, Marcial Pons, 87-100.
- FUNES RIVAS, María Jesús (1998): *La salida del silencio. Movilizaciones por la paz en Euskadi 1886-1998*, Madrid, Akal.
- FUSI, Juan Pablo (1979): *El problema vasco en la II República*, Madrid, Turner.
- GARCÍA ROVIRA, Anna María (ed.) (2002): *España, ¿nación de naciones?*, Madrid, Marcial Pons.
- GARMENDIA, José María (1995): *Historia de ETA*, San Sebastián, Haranburu.
- y otros (1977): *Eurocomunismo y Euskadi (Crítica a un debate)*, San Sebastián, Haranburu.
- GAURHUTS (1976): *Sobre nacionalismo revolucionario, socialismo abertzale y marxismo nacional vasco*, Hendaya, Mugalde.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo (ed.) (2002): *Políticas del miedo. Un balance del terrorismo en Europa*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- GOÑI ALZUETA, Joseba, y José María RODRÍGUEZ ERDOZAIN (1979): *Euskadi. La paz es posible. 100 personas del estado español y francés analizan las causas de la violencia y presentan soluciones*, Bilbao, Descleé de Brouwer.
- GRANJA, José Luis de la, Justo BERAMENDI y Pere ANGUERA (2003): *La España de los nacionalismos y las autonomías*, Madrid, Síntesis.
- HAUPT, Georges, y Michael LÖWY (1980): *Los marxistas y la cuestión nacional*, Barcelona, Fontamara.
- IBARRA GÜELL, Pedro (1987): *La evolución estratégica de ETA. De la «guerra revolucionaria» (1963) a la negociación (1987)*, San Sebastián, Kriselu.
- INTXAUSTI, Kike (1985): «Auzolan y la unidad popular», *Combate*, 14/06/85, 6.
- IRIARTE, Joxe (1984): «Madrid: jornadas sobre la violencia política y el terrorismo», *Combate*, 09/11/84, 6.
- JÁUREGUI, Gurutz (1981): *Ideología y estrategia política de ETA. Análisis de su evolución entre 1959 y 1968*, Madrid, Siglo XXI.
- JUDT, Tony (2007): *Pasado imperfecto. Los intelectuales franceses. 1944-1956*, Madrid, Taurus.
- LAIZ, Consuelo (1995): *La lucha final. Los partidos de la izquierda radical durante la transición española*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
- LETAMENDÍA, Francisco (1994): *Historia del nacionalismo vasco y de ETA*, 3 vols., San Sebastián, R y B Ediciones.
- MATA, José Manuel (1993): *El nacionalismo vasco radical. Discurso, organización y expresiones*, Bilbao, Universidad del País Vasco.
- MEDEM, Julio (2003): *La pelota vasca, la piel contra la piedra*, Madrid, Aguilar.
- MOLINERO, Carmen, y Pere YSÀS (2008): «La izquierda en los años 70», *Historia y Política*, 20, 21-42.
- MORALES MOYA, Manuel (coord.) (2001): *Nacionalismos e imagen de España*, Madrid, Sociedad Estatal Nuevo Milenio.
- MORÁN, Gregorio (1986): *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Barcelona, Planeta.
- NÍN, Andreu (1979): *La cuestión nacional en el estado español*, Barcelona, Fontamara.
- NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M<sup>º</sup> (1998): *Movimientos nacionalistas en Europa. Siglo XX*, Madrid, Síntesis.
- QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO, Alejandro (2008): «Amistades peligrosas. La izquierda y los nacionalismos catalanes y vascos (1975-2008)», *Historia y Política*, 20, 97-127.
- (2009): «Coyunturas críticas. La izquierda y la idea de España durante la transición», *Historia del Presente*, 13 (II época), 21-40.
- RÍO, Eugenio del (1998): «Antifascismo interesado», *hika*, 88, 7.
- RIVERA, Antonio (2003): *Señas de identidad. Izquierda obrera y nación en el País Vasco, 1880-1923*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- ROBLES EGEEA, Antonio (ed.) (2003): *La sangre de las naciones. Identidades nacionales y violencia política*, Granada, Universidad de Granada.
- ROCA, José Manuel (ed.) (1994): *El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
- SÁNCHEZ CUENCA, Ignacio (2001): *ETA contra el Estado. Las estrategias del terrorismo*, Barcelona, Tusquets.
- SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, Jesús (2004): *Teoría y práctica democrática en el PCE (1956-1982)*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas.
- SEGURA, Antoni (2009): *Euskadi. Crónica de una desesperanza*, Madrid, Alianza Editorial.
- SILVER, Philip W. (1988): *Nacionalismos y transición. Euskadi, Cataluña, España*, San Sebastián, Txertoa.
- SOREL, Georges (2005): *Reflexiones sobre la violencia*, Madrid, Alianza Editorial.
- STERNHELL, Zeev (1986): *Neither Right nor Left. Fascist Ideology in France*, Princeton, Princeton University Press.
- SULLIVAN, Jon (1988): *El nacionalismo vasco radical 1959-1986*, Madrid, Alianza Editorial.
- TASCA, Angelo (2000): *El nacimiento del fascismo*, Barcelona, Crítica.
- UNZUETA, Patxo (1987): *Sociedad vasca y política nacionalista*, Madrid, El País.
- (1988): *Los nietos de la ira. Nacionalismo y violencia en el País Vasco*, Madrid, El País-Aguilar.
- VARELA ORTEGA, José (2001): *Contra la violencia. A propósito del Nacional-Socialismo alemán y del vasco*, Alegia, Hiria.
- VV. AA. (2005): *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX*, Madrid, Siete Mares.
- WIEVIORKA, Michel (1991): *El terrorismo. La violencia política en el mundo*, Barcelona, Plaza y Janés.
- ZABALETA, Patxi, Juan José LABORDA y Consuelo LAIZ (eds.) (2008): *¿Se puede ser nacionalista y de izquierda?*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
- ZALLO, Ramón (2001): *El país de los vascos. Desde los sucesos de Ermua al segundo Gobierno Ibarretxe*, Madrid, Fundamentos.

## Algunas publicaciones de Bakeaz

### Universales del odio. Creencias, emociones y violencia, Martín Alonso

Bilbao, Bakeaz, 2004, 168 pp., 12,00 euros. Ref.: SG13

El final del siglo ha sido testigo del retorno de las ideas fuertes, aquellas que invocan quienes se prestan a matar y a morir. Fundamentalismos, nacionalismos, radicalismos de contenido étnico o religioso, así como fanatismos de la identidad y la pertenencia, han dado al traste con la euforia generada por el final de la Guerra Fría. La confrontación de escenarios que han conocido episodios de intensa virulencia revela notables analogías. Las similitudes son visibles tanto en el plano de la retórica —las justificaciones para actuar— como en el de la acción —la secuencia que conduce desde las formulaciones legitimadoras hasta las prácticas agresivas—.

La retórica incorpora las creencias que definen la realidad. Por esta razón, la elaboración conceptual comienza con la postulación de una causa como fundamento ontológico. El segundo paso consiste en la definición del problema desde los parámetros de la causa: es la manufactura del enemigo. La solución —la neutralización del enemigo— cierra el proceso. En cuanto a la secuencia de la acción colectiva, las creencias activan estados emocionales que, a una determinada intensidad y en un contexto apropiado (las ideas remiten a la realidad social), desembocan en conductas agresivas organizadas. Dado que la violencia suscita resistencias sociales y psicológicas, tanto las racionalizaciones como las emociones deben suministrar a ejecutores y simpatizantes, junto con estímulos para la acción, mecanismos para cauterizar la conciencia ética. La primera parte del libro aborda la tarea desde un plano general, mientras que la segunda se circunscribe al etnoradicalismo vasco.

Martín Alonso Zarza es licenciado en Sociología y Ciencias Políticas, en Filosofía y en Psicología; es profesor de instituto. Sus intereses y sus publicaciones versan sobre el pensamiento político de Rousseau, los nacionalismos, los usos de la Historia, la violencia política y los conflictos de los Balcanes. Es autor del libro *Universales del odio. Creencias, emociones y violencia* (Bilbao, Bakeaz, 2004) y de los Cuadernos Bakeaz *Bosnia, la agonía de una esperanza* (Bilbao, Bakeaz, 1995), *Universales del odio: resortes intelectuales del fanatismo y la barbarie* (Bilbao, Bakeaz, 2000) y *Relatos exclusivos, políticas excluyentes. El patrón de Oriente Próximo* (Bilbao, Bakeaz, 2006).



### Educar para la paz en tiempos difíciles, Xesús R. Jares

Bilbao, Bakeaz, 2004, 144 pp., 10,00 euros. Ref.: SG14

Este libro recoge los trabajos del autor publicados por Bakeaz. Los cuatro estudios aquí reunidos presentan de forma clara y sintetizada los núcleos teóricos y los ámbitos de actuación fundamentales de la educación para la paz. Así, en el primero de ellos se exponen sus bases teóricas, contextualización histórica, componentes e implicaciones educativas. El segundo analiza la relación entre educación y derechos humanos, y expone los principios de un proyecto educativo desde y para los derechos humanos. El tercero constituye el primer trabajo educativo que se ha hecho en España en relación con las consecuencias de los atentados del 11 de septiembre del 2001 en Estados Unidos. El tiempo transcurrido desde entonces y los atentados del 11 de marzo del 2004 en Madrid no han hecho más que corroborar lo que allí se decía, al mismo tiempo que se hace más necesaria la puesta en práctica de las propuestas educativas que contiene. Finalmente, en el último estudio se aborda el tema central de la educación para la paz, como es la relación entre conflicto y convivencia, ligado, además, al tema clave de la formación del profesorado.

Xesús R. Jares falleció el 27 de septiembre del 2008. En palabras de Manuel Area Moreira, profesor de Tecnología Educativa de la Universidad de La Laguna (España), «Xesús R. Jares fue un intelectual comprometido con la construcción de un pensamiento sociocrítico sobre la educación de la ciudadanía del siglo XXI. Sus reflexiones y aportaciones sobre educar para una sociedad más democrática, justa y solidaria son de interés para toda la comunidad latinoamericana de educadores». Era un docente y pedagogo comprometido con el cambio, la mejora y la innovación de la educación como una necesidad básica para construir una sociedad democrática. Era catedrático de Didáctica y Organización Escolar en la Universidad de A Coruña.

### Dinámicas de la memoria y víctimas del terrorismo, Xabier Etxeberria

Bilbao, Bakeaz, 2007, 112 pp., 8,00 euros. Ref.: SG17

El derecho a un buen *trabajo de la memoria* de las victimizaciones sufridas, tanto en sus dimensiones subjetivas como públicas, es un derecho decisivo para las víctimas. Con este estudio se pretende colaborar en la realización del mismo. Para ello se ofrece un análisis de las dinámicas de la memoria —en su dimensión individual y social— que se focaliza en la experiencia de victimización, para aplicarlo luego de modo específico a las víctimas del terrorismo que desgraciadamente se ha desarrollado entre nosotros: el terrorismo de ETA en especial y también las iniciativas contraterroristas frente a él no acordes con los derechos humanos.

Se estructura el libro en tres capítulos. En el primero se tratan las cuestiones generales en torno a la memoria subjetiva consideradas pertinentes para los objetivos marcados. En el segundo se resalta todo lo relacionado con la dimensión pública de la memoria, en buena medida objetivada en diversos *productos*. El tercero se centra en los deberes de memoria en sus usos públicos. Siempre, como se acaba de indicar, derivando las diversas consideraciones que van surgiendo al caso de las víctimas del terrorismo.

Xabier Etxeberria Mauleon es catedrático de Ética en la Universidad de Deusto (Bilbao) y miembro del Instituto de Derechos Humanos Pedro Arrupe, de la misma universidad. Es responsable del Área de Educación para la paz de Bakeaz. Profesor visitante de diversas universidades en América Latina, donde colabora habitualmente con organizaciones indígenas y de derechos humanos, centra su investigación filosófica en los campos de la ética fundamental, la ética profesional y la ética política (especialmente en torno a las identidades colectivas), así como en la vertiente ética de los derechos humanos. En torno a ellos ha publicado numerosos artículos, cuadernos y libros, entre los que cabe citar los siguientes: «*Lo humano irreductible*» de los *derechos humanos* (Bakeaz), *Temas básicos de ética* (DDB), *La educación para la paz ante la violencia de ETA* (Bakeaz), y las contribuciones a los libros *Conflictos, violencia y diálogo. El caso vasco* (UD), y *La presencia de las víctimas del terrorismo en la educación para la paz en el País Vasco* (Bakeaz).



**Construyendo la paz. Reconciliación sostenible en sociedades divididas**, John Paul Lederach  
 Bilbao, Bakeaz/Gernika Gogoratuz, 1998, 200 pp., 14,00 euros. Ref.: RG02

Para construir las paces hacen falta al menos tres cosas: voluntad, herramientas y proyecto. En los últimos años se han ideado algunas herramientas nuevas y se han recuperado otras viejas y olvidadas de tratamiento, transformación y resolución de conflictos.

John Paul Lederach ha hecho varias contribuciones importantes en este sentido. La de este libro es bien especial, porque no trata de presentar varias herramientas más, sino de plantear con palabras sencillas un marco de construcción de la paz dentro del cual encuadrar en un proyecto todas las herramientas que conocemos y las personas que han de manejarlas.

Aunque los planteamientos de este texto sean aún primerizos, pueden ya medirse con otras grandes teorías, por ejemplo, el marxismo. Ese contraste es de enorme interés. Frente a la dialéctica negativa con insistencia en la violencia, «la partera de la historia», que impregna el marxismo, este texto plantea la reconciliación como espacio de encuentro, *locus*, y elemento orientador, *focus*. Mientras que el marxismo resalta la importancia de las bases sociales y del poder institucional, el nivel bajo y el alto, John Paul Lederach resalta el poder del nivel intermedio, un poder basado en las relaciones y contactos, mediador, no coactivo. Un poder que olvidó el marxismo y que no entienden aún la mayoría de los políticos de hoy.



**La imaginación moral. El arte y el alma de la construcción de la paz**, John Paul Lederach  
 Bilbao, Bakeaz/Gernika Gogoratuz, 2007, 272 pp., 17,00 euros. Ref.: RG09



En este libro, el autor plantea la siguiente pregunta: «¿Cómo trascendemos los ciclos de violencia que subyugan a nuestra comunidad humana cuando aún estamos viviendo en ellos?». La construcción de la paz, en su opinión, es tanto una técnica aprendida como un arte. Para encontrar este arte se hace necesario un cambio en la cosmovisión. Los profesionales de la resolución de conflictos han de imaginar su trabajo como un acto creativo, haciendo un ejercicio de lo que Lederach denomina «imaginación moral». Esta imaginación, sin embargo, debe surgir de —y hablar a— las duras realidades de los asuntos humanos. Hay que tener un pie en lo que es y un pie más allá de lo que existe. El libro está organizado a partir de cuatro historias que apuntan a la imaginación moral pero que están incompletas. Lederach pretende entender qué pasó en estos casos particulares y de qué manera son relevantes para un cambio a gran escala.

Como la mayoría de los profesionales de la construcción de la paz, Lederach percibe su trabajo como una vocación religiosa. Reflexiona acerca de su propia llamada y sobre la espiritualidad que mueve a la gente corriente para rechazar la violencia y perseguir la reconciliación.

John Paul Lederach es uno de los más destacados expertos en construcción de la paz y reconciliación. Es profesor de Construcción Internacional de la Paz en el Instituto de Estudios Internacionales de la Paz Joan B. Kroc, de la Universidad de Notre Dame, y académico distinguido en el Programa de Transformación de Conflictos de la Universidad Menonita del Este. También lleva a cabo trabajos prácticos de tratamiento y transformación de conflictos, en lugares como Nicaragua, Somalia, Irlanda del Norte, Tayikistán y Filipinas. Su libro *Construyendo la paz. Reconciliación sostenible en sociedades divididas* (Bilbao, Bakeaz/Gernika Gogoratuz, 1998) se ha convertido en un clásico de la disciplina.

**Boletín de pedido**

Apellidos \_\_\_\_\_  
 Nombre \_\_\_\_\_ NIF/CIF \_\_\_\_\_  
 Domicilio \_\_\_\_\_  
 Población \_\_\_\_\_ CP \_\_\_\_\_ Provincia \_\_\_\_\_  
 Teléfono \_\_\_\_\_ Fax \_\_\_\_\_ Correo electrónico \_\_\_\_\_

**Deseo recibir las siguientes publicaciones de Bakeaz**

Referencia	Título	N.º ej.	Importe
Gastos de envío			4,00 euros
<b>Total</b>			<b>euros</b>

Forma de pago: contra reembolso.

F. Javier Merino Pacheco, *El espejismo revolucionario: la izquierda radical ante ETA*, Cuadernos Bakeaz, n.º 94.  
© F. Javier Merino Pacheco, 2009; © Bakeaz, 2009.

La edición de este cuaderno ha sido posible gracias a la financiación de la Dirección de Derechos Humanos del Departamento de Justicia y Administración Pública del Gobierno Vasco.

*Las opiniones expresadas en estos trabajos no coinciden necesariamente con las de Bakeaz.*

**Cuadernos Bakeaz** es una publicación monográfica, bimestral, realizada por personas vinculadas a nuestro centro o colaboradores del mismo. Aborda temas relativos a economía de la defensa, políticas de cooperación, educación para la paz, geopolítica, movimientos sociales, economía y ecología; e intenta proporcionar a aquellas personas u organizaciones interesadas en estas cuestiones, estudios breves y rigurosos elaborados desde el pensamiento crítico y desde el compromiso con esos problemas.

**Director de la publicación:** Josu Ugarte • **Coordinación técnica:** Blanca Pérez • **Consejo asesor:** Martín Alonso, Joaquín Arriola, Nicolau Barceló, Anna Bastida, Roberto Bermejo, Jesús Casquete, Xabier Etxeberria, Adolfo Fernández Marugán, Carlos Gómez Gil, Rafael Grasa, José Carlos Lechado, Arcadi Oliveres, Jesús M.ª Puente, Jorge Riechmann, Juan Manuel Ruiz, Pedro Sáez, Antonio Santamaría, Angela da Silva, Ruth Stanley, Carlos Taibo, Fernando Urruticoechea • **Últimos títulos publicados:** 43. Julián Salas, *Hábitat y cooperación en Latinoamérica. Centroamérica antes y después del 'Mitch'*; 44. Roberto Bermejo, *Fundamentos de ecología industrial*; 45. Gema Celorio, *Nuevos retos para la sensibilización sobre el desarrollo*; 46. Carlos Gómez Gil, *La cooperación descentralizada en España: ¿motor de cambio o espacio de incertidumbre?*; 47. Xabier Etxeberria, *Ignacio Ellacuría: testimonio y mensaje/Ignacio Ellacuría: testigantza eta mezua*; 48. Juan Manuel Ruiz, *En torno a la eficiencia*; 49. Xesús R. Jares, *Educación para la paz después del 11/09/01*; 50. Gabriel Pons, *Herramientas de las ONGD en la cooperación para el desarrollo económico*; 51. Roberto Bermejo, *Concepciones de la sostenibilidad y sistemas de indicadores*; 52. Julián Salas, *Introducción a la práctica de la evaluación de proyectos de cooperación*; 53. Joaquim Sempere, *Necesidades, desigualdades y sostenibilidad ecológica*; 54. Johan Galtung, *Conflicto, guerra y paz, a vista de pájaro. Y cómo los aborda el grueso de los políticos y periodistas*; 55. Jesús Casquete, *Movimientos sociales y democracia*; 56. Manuel Jiménez, *Sumando esfuerzos. Tendencias organizativas en el movimiento ecologista en España durante los noventa*; 57. Joaquín Arriola Palomares, *¿La globalización? ¡El poder!*; 58. Ignacio Álvarez-Ossorio, *Claves sobre el conflicto palestino-israelí*; 59. Miguel Márquez, Luis Suárez y Cándido López, *Cuba y el desarrollo humano sostenible*; 60. Mario Roberto Morales, *Guatemala: autoritarismo e interculturalidad*; 61. Carmen Magallón, *Las mujeres como sujeto colectivo de construcción de paz*; 62. Carlos Taibo, *Los conflictos bélicos en el umbral del siglo XXI*; 63. Roberto Bermejo, David Hoyos y David Guillamón, *Análisis socioeconómico del Plan Estratégico de Infraestructuras y Transporte 2005-2020*; 70. Roberto Bermejo, *Del fin de la era del petróleo a la economía solar*; 71. Gabriel Pons, *Políticas agrarias y cooperación*; 72. Carlos Gómez Gil, *Nuevas vías para el codesarrollo en la cooperación descentralizada*; 73. Ignacio Álvarez-Ossorio, *El mundo árabe: entre la tradición y la modernidad*; 74. Martín Alonso, *Relatos exclusivos, políticas excluyentes. El patrón de Oriente Próximo*; 75. Iñaki Gorozpe, *Guinea Ecuatorial: crecimiento sin desarrollo*; 76. Carlos Gómez Gil, *El dilema de los microcréditos en las políticas de desarrollo*; 77. Sophie Caratini, *La prisión del tiempo: los cambios sociales en los campamentos de refugiados saharauis*; 78. Jorge Riechmann, *Monetización de los impactos del cambio climático: problemas y debates*; 79. Joaquim Sempere, Mercedes Martínez y Ernest Garcia, *Ciencia, movimientos ciudadanos y conflictos socioecológicos*; 80. Martín Alonso, *¿Sifones o vasos comunicantes? La problemática empresa de negar legitimidad a la violencia desde la aserción del «conflicto» vasco*; 81. Jesús Casquete, *Agitando emociones. La apoteosis del héroe-mártir en el nacionalismo vasco radical*; 82. Aleksí Ylonen, Mayra Moro Coco y Juan Álvarez Cobelas, *Costa de Marfil: entre la violencia y el desarrollo*; 83. Carlos Gómez Gil, *Los Objetivos del Desarrollo del Milenio y la cooperación descentralizada*; 84. Ana Izquierdo Lejardi y Laura Rodríguez Zugasti, *El comercio justo como herramienta de consumo responsable*; 85. Florent Marcellesi, *Ecología política: génesis, teoría y praxis de la ideología verde*; 86. Efrén Areskurrinaga, *La liberalización agrícola y el aumento de la inseguridad alimentaria mundial*; 87. Andrés Cabanas, *La encrucijada de Guatemala: regresión autoritaria o democracia participativa*; 88. Florent Marcellesi e Igone Palacios, *Integración de consideraciones de sostenibilidad en la cooperación para el desarrollo*; 89. Carlos Gómez Gil, *Una visión panorámica de la cooperación descentralizada de las entidades locales*; 90. Xabier Etxeberria, *Referentes éticos ante la expansión empresarial en el Sur*; 91. Ignacio Álvarez-Ossorio Alvarriño, *La situación humanitaria de Gaza*; 92. Mario Roberto Solarte, *Colombia: simetrías violentas y alternativas que emergen de la memoria*; 93. Andrea Ruiz Balzola, *La perspectiva transnacional de las migraciones: desafíos e implicaciones prácticas*; 94. F. Javier Merino, *El espejismo revolucionario: la izquierda radical ante ETA* • **Diseño:** Jesús M.ª Juaristi • **Maquetación:** Mercedes Esteban Meriel • **Impresión:** Grafilur • **ISSN:** 1133-9101 • **Depósito legal:** BI-295-94.

**Suscripción anual** (6 números): 24,00 euros • **Forma de pago:** domiciliación bancaria (indique los 20 dígitos correspondientes a entidad bancaria, sucursal, control y c/c.), o transferencia a la c/c. 2095/0365/49/3830626218, de Bilbao Bizkaia Kutxa • **Adquisición de ejemplares sueltos:** estos cuadernos, y otras publicaciones de Bakeaz, se pueden solicitar contra reembolso (4,00 euros de gastos de envío) a la dirección abajo reseñada. Su PVP es de 4,00 euros por ejemplar.

**Bakeaz** es una organización no gubernamental fundada en 1992 y dedicada a la investigación. Creada por personas vinculadas a la universidad y al ámbito del pacifismo, los derechos humanos y el medio ambiente, intenta proporcionar criterios para la reflexión y la acción cívica sobre cuestiones relativas a la militarización de las relaciones internacionales, las políticas de seguridad, la producción y el comercio de armas, la relación teórica entre economía y ecología, las políticas hidrológicas y de gestión del agua, los procesos de Agenda 21 Local, las políticas de cooperación o la educación para la paz y los derechos humanos. Para el desarrollo de su actividad cuenta con una biblioteca especializada; realiza estudios e investigaciones con el concurso de una amplia red de expertos; publica en diversas colecciones de libros y boletines teóricos sus propias investigaciones o las de organizaciones internacionales como el Worldwatch Institute, ICLEI o UNESCO; organiza cursos, seminarios y ciclos de conferencias; asesora a organizaciones, instituciones y medios de comunicación; publica artículos en prensa y revistas teóricas; y participa en seminarios y congresos.